En el marco del **Primer Certamen Estatal de Cuento: “Formación de lectores desde el aula” 2017**, queremos hacerlos partícipes de la Antología de este certamen.

***“Antología del Primer Certamen Estatal de Cuento”***

Es un reconocimiento al interés y esfuerzo de los docentes en participar en esta convocatoria, pues tienen muchas cosas que decirnos, que compartirnos, y que comunicarnos, escribir no es una tarea fácil, es todo un reto desde concebir la historia, el relato y en este caso el cuento. Enfrentarse como dicen los que escriben “a la hoja en blanco“ y plasmar lo que necesitan decir; luego llevarlo a un concurso donde expertos lo evaluaran, esos riesgos no todos los hacemos, muchos escribimos para nosotros, pero lo escrito está terminado cuando otro lo lee y lo hace suyo; maestras, maestros nosotros fuimos parte de sus textos, lloramos, nos lamentamos y gozamos con sus cuentos.

Muchas gracias, por compartir sus historias no sólo en este certamen, si no con todos sus compañeros docentes de nuestro Estado.

Maestros y maestras esperamos que esta Antología sea recibida con entusiasmo y compartida, mediante la estrategia de lectura en voz alta con sus alumnos.

Esperamos la disfruten.

**Ing. Enrique De Echávarri Lary**

**Coordinador General de la USEBEQ**

# ***Título: El invierno prematuro de Evangelina***

# ***Autor: Profesora Ana Cristina Baca Moreno***

Casi terminaba el otoño. Era una tarde media soleada. La calle estaba bordeada por árboles desnudos, de todos tamaños, que se mecían tanto como el grueso de sus troncos lo permitía. El ambiente olía a seco. El aire levantaba las hojas moribundas o ya secas, y se las llevaba. Un viaje para allá, otro para acá, sobrevolando. La tierra suelta viajaba mezclada con el aire y con las hojas. Ocurrían algunos ventarrones. Había gente en la calle, personas en la puerta de su casa, la gente de siempre. El espacio se opacaba por el polvo. Algunas personas entrecerraban sus ojos. Todos estaban inmersos en sus rutinas. Era como si no ocurriera algo. Pero sí ocurría. En medio de ese ambiente iba caminando el joven Julio, un muchacho de catorce años de edad, el cuarto nieto de Evangelina.

Julio caminaba pensando. Pensaba que ya tenía catorce años de edad, y que nunca se había percatado del punto exacto en el que una estación daba su último aliento. Una última gota de deshielo, la última noche fría, más calor sobre el cuerpo. Julio nunca había percibido algo de eso, al menos no conscientemente. Siguió caminando. Seguía pensando. Miraba a la gente. Advirtió que los demás caminantes y las otras personas estaban ausentes, quizá hasta dormidas. Nadie parecía reconocer el otoño, nadie daba importancia al evento natural que ocurría. Y Julio se preguntó por qué. Hasta entonces le pareció que el cambio natural era algo realmente trascendente, algo determinante, algo que siempre sucedía y que ayudaba y que equilibraba la vida. Pero antes no lo sabía. Pensó en el por qué. Terminó suponiendo que el estar rodeado de quienes no ven, le afectó, volviéndolo también un tanto ciego.

Julio caminaba calle arriba. Y de pronto, el aire que corría calle abajo, le azotó en la cara. Un fantasma, uno de forma caprichosa, formado por muchas hojas, casi todas amarillentas, casi todas grandes y de árbol de caucho. Entonces Julio lanzó varios manotazos por enfrente de su cara, para librarse del ataque del fantasma de polvo y hojas de caucho. Se libró. Después talló sus ojos con los índices coordinados, para quitarse el polvo. Y se le ocurrieron otras preguntas: a dónde van todas esas hojas secas, en dónde terminan. Dió unos pasos más, y en seguida dio vuelta en la esquina de la calle en donde estaba la casa de sus abuelos. Y desde allí vio una posible respuesta a sus preguntas. Su abuelo estaba recogiendo un montón de hojas secas y empolvadas, y las metía en una bolsa de plástico.

Julio se acercó a su abuelo, y lo saludó con un beso sincero en la mano izquierda. La del brazo que va al corazón. Don Pablo era un hombre viejo, era el gran patriarca, y lo era gracias a una vida de buenos ejemplos para su familia. Se había ganado todas las reverencias. Y a Julio le gustaba hacerlo. Después del beso siguió un fuerte abrazo. Terminó el saludo. Y entonces Julio preguntó cómo estaba su abuela. *«Pasa y pregúntaselo tú –dijo el abuelo.»* Había una tristeza casi oculta en su tono de voz. Julio entró a la casa, y pasó primero a la cocina para dejar una vianda especial para la abuela. Después salió directo hacia la habitación, y justo antes de entrar se detuvo un momento ante una pequeña sala de estar cuyo espacio, desde hacía muchos años, estaba ocupado por tanques de oxígeno, cajas con medicamentos, bolsas, mangueras, y un olor a droguería al que todos los familiares ya se habían acostumbrado.

Si desde el umbral observabas la habitación de los abuelos, lo primero que veías al frente era la cama de ellos. Por sobre el ras del muro de la izquierda, estaba un buró formado de tres piezas de pesado roble francés, en perfectas condiciones, que ocupaba todo ese lado. Sobre ese buró reposaban, en el mismo perfecto orden de siempre, utensilios de belleza del tipo que usaban las divas del cine de los años 50´s: un juego de espejo y cepillo de concha nácar con cerdas naturales, varios alhajeros de plata de diferentes tamaños y diseños, todos adornados con piedras de colores tierra. También había pocos lápices labiales, y cinco elegantes botellas de perfume de las que tienen una pequeña manguera y una bolita de tela para inyectar presión al aspersor. Los objetos de arreglo personal estaban concentrados en el centro, y el espacio restante lo ocupaban portarretratos con fotografías familiares de cualquier tiempo.

El muro que le seguía (en el orden de las manecillas del reloj), estaba totalmente cubierto por un ropero de antaño, también de roble, en el que había poca ropa, casi toda vieja, pero muy fina, y para toda ocasión. El muro que quedaba frente a la entrada servía de descanso para la cabecera de la cama, y por encima de la cabecera estaba un Cristo al que le colgaba un rosario del cuello. Seguía la ventana, y a lado de esa ventana, había un retrato en tonos verde jade y gris, muy tenues, que le daban un toque viejo, pero muy elegante y refinado, a una Miroslava de nombre Evangelina: era la abuela materna de Julio.

Desde la entrada a la habitación, Julio vio a su abuela acostada en la cama. Estaba dormida sobre un costado. Se le notaba una realidad física alejada años luz de la mujer de aquel retrato de la pared. Entonces Julio entró y se le acercó haciendo poco ruido. Pero enseguida entró don Pablo, y comenzó a hablar fuerte y con alegría, con la intención de despertar a su esposa. *«Despiértala, habla con ella. Anda –dijo don Pablo-. Hazlo, le hará bien.»* Julio hizo caso. Cuando la abuelita Eva (como todos le decían) abrió los ojos completamente, Julio ya estaba acostado a su lado, mirándola de frente y con una sonrisa leve que no era fiel a la atmosfera de la habitación, ni a su tristeza por el estado de salud de la abuela. Eva, la matriarca de los Bautista Rodríguez, apenas tenía sesenta y cinco años de edad, pero la enfermedad había arrasado con ella.

-Hoy ¿Le vas a poner música? –Preguntó el abuelo a Julio.

-Si. Traje mi walkman –dijo Julio.

- ¡Jajaja, vaya manera de decirle a un toca-cintas! –dijo don Pablo, mientras hacía una selección de casetes que contenían la música favorita de Eva.

-Esto le encantará, ya lo verás –presumió don Pablo, orgulloso de conocer muy bien a su mujer.

Después de poner un casete de Agustín Lara, y comprobar a su consideración que el volumen de la música no era ni muy bajo ni muy alto, Julio le puso cuidadosamente a la abuela solo uno de los audífonos en el oído derecho. Él se puso el otro audífono en su izquierdo, y se quedaron acostados, mirándose fijamente, mientras juntos escuchaban “Noche de ronda”.

Ya antes, Eva había estado muy mal de salud. Año y medio antes los familiares se reunieron en su casa para darle el adiós. Primero pasaron a la habitación los hijos, de uno en uno. Después pasaron los nietos, en orden de nacimiento. También pasaron algunos amigos. Y todo era tristeza, resistencia y llanto, hasta que llegó el tío abuelo Salvador, el hermano menor de Eva. Cuando llegó, en enseguida se asomó a la habitación, y gritó: *«Levántate Evita, ya llegué, ven a hacerme unas quesadillas.»* Salvador traía una enorme bola de queso Oaxaca, uno especial que le encantaba a su hermana.

Con el mismo alboroto, Salvador entro a la pequeña cocina, deshebró queso, y después entró a animar a Evita. Entonces, como si su nombre y el queso fueran la combinación perfecta para revivir a su hermana, Eva pudo mejorar de a poco durante los días siguientes. Al cabo de tres semanas ya caminaba lento por la casa, y se molestaba porque no la dejaban ayudar un poco en los quehaceres del hogar. Seis meses después, Salvador murió a causa de cáncer.

Julio seguía acostado frente a su abuela, que lo miraba fijamente como queriéndolo reconocer, o como queriendo decirle algo. Pero Eva ya no hablaba. Y se le notaba desesperada y triste por no poder hacerlo.

- ¿Quieres oír otra música abue? –preguntó Julio.

Pero Eva sólo seguía mirando directo a su nieto, sin que su mirada pudiera decir más. Otra de las cintas, tenía canciones de Javier Solís. Julio la tomó, y adelantando y atrasando el mecanismo del tocacintas, encontró la canción que Don Pablo le cantaba a Eva desde muchos años antes, desde cualquier lugar de la casa en que se encontrara. Julio hizo las mismas pruebas de volumen, y antes de pasar a la cocina por algo que pudiera comer su abuela, le dejó la canción “Granada”.

-Para que te acuerdes del corral, de los naranjos y de los higos, de tus palomas y del abuelo enamorándote –dijo Julio mientras le acariciaba suavemente el rostro a su abuela.

Eva no comió nada. La tierna insistencia del nieto y el abuelo juntos no pudo ser más fuerte que la fuerza del padecimiento. Entonces desistieron. La noche llegó, y Julio tenía que regresar a su casa, pero no quería separarse de su abuela. Eva y Julio seguían acostados de frente, y mirándose cada quién a su manera, mientras el nieto la invitaba a recordar: *¿Te acuerdas cuando enfrente de todos dijiste que yo soy tu nieto consentido? Amo cuando te saludo arrodillándome frente a ti, y me abrazas, y me aprietas contra tu panza. Amo el sabor de tu comida, amo la dulzura de tu voz, amo tu cabello del color del marfil, amo tus ojos negros, amo ser tu nieto, amo que seas mi abuela, amo que me haya tocado la mejor abuela del mundo. No quiero irme de tu lado abue, no quiero que te vayas, no quiero perderte, no quiero que me sigas mirando como si no me conocieras, como si quisieras decirme algo y ya no pudieras hablar ni decirlo con la mirada. Quiero que sepas que estoy aquí, y que mañana estaré también, quiero que salgas de esto, quiero que sanes, quiero que rías porque también amo tu risa. No quiero irme, pero tengo que regresar a mi casa, mañana tengo que ir a la escuela, pero antes de irme quiero que sepas que no importa que no me veas, que desde donde esté, estoy contigo, y que siempre estaré, porque te amo abuelita, mi abuelita Eva.*

Y entonces, de los ojos cansados y fijos de Eva, salió una lágrima que para Julio significó que ellos estaban conectados a pesar de los pesares, que estaban conectados por el amor, y que esa conexión no necesitaba de palabras. El amor siempre encuentra la manera y la forma. Antes de que la lágrima callera en la cama, Julio la rescató con su dedo índice y la apretó en su puño, queriendo conservarla por siempre. En seguida besó a Eva en la frente, y se despidió.

-Hasta mañana abuelita. Mañana será otro día, y estarás mejor ¡Te amo, siempre te amo!

Horas después, cerca de las cuatro de la mañana, unos toques desesperados despertaron a Julio. En seguida se sintió confundido. Despertó toda la familia. Julio se levantó. Y casi inmediatamente escuchó gritar a la tía Elizabeth: ¡Se murió mi mamá, se murió mi mamá!

El sepelio de Eva ocurrió, aparentemente, como cualquier otro sepelio, pero en esos casos siempre es distinto porque distinto es el muerto, porque distinto fue cuando era vivo, porque distinta es la familia y los lazos de la misma. Al término del entierro Julio no se despegaba de la tumba de su abuela, estaba ahí, en silencio, llorando hacia adentro. Don Pablo lo vio y fue a su lado, lo tomó de la mano y se quedaron juntos y solos, en silencio, hasta que el joven comenzó a hablar:

-Ayer me di cuenta de que a mis catorce años aún no me había percatado del punto exacto en el que una estación daba el último aliento. Hasta ayer no había tenido conciencia del momento justo en que un evento natural trascendente ocurría, ni en mi vida, ni en el mundo, ni en la naturaleza. Nunca me he detenido a mirar el paso de una estación a otra, nunca me he dado cuenta cuándo terminan los días muy soleados y comienzan los días airosos como este. Peor aún parece que eso a nadie le interesa

-Tú no eres nadie –interrumpió el abuelo.

-Pero parece que soy igual de ciegos que todos –dijo Julio. Estaba casi enfurecido.

-Pero eso se acaba hoy –dijo don Pablo.

- ¿A qué te refieres?

Don Pablo puso a Julio de frente a él para comenzar a explicarle.

-La primavera es el nacimiento de todos, ese es el punto exacto donde todo comienza y donde hay un crecimiento dependiente de los demás, igual que las flores que dependen del calor del sol y de su luz para nacer y crecer hasta sostenerse por sí mismas. Luego viene el verano, que es en el que estás tú, y en el que uno se comienza a hacer las preguntas que tú te haces. Las buenas respuestas que obtienes te fortalecen y te ayudan a que, en el otoño de tu vida, resistas y no te dobles ante la adversidad, ante estos sucesos naturales dolorosos. -Julio recordó a los árboles de la tarde anterior, meciéndose con el viento, pero sin romperse- El mismo otoño de la vida es cuando comenzamos a perder, perdemos bueno y perdemos malo. Las hojas caídas de los árboles son en nosotros los malos hábitos, los rencores, las personas, los seres amados. Lamentablemente para algunos, como tu abuela, el otoño viene con más pérdidas, que en este caso es la salud, y entonces el invierno llega más pronto. El invierno es donde mucho termina por morirse. Solo resiste lo que está preparado para resistir, y lo que no, termina frío, inerte y finalmente muerto. Son las reglas de la vida muchacho.

- ¿Y las hojas? ¿A dónde van las hojas? –Preguntó Julio.

- ¿Las hojas? –preguntó don Pablo.

-Supongo que igual que todo, que igual que tu abuela, se hacen parte de otra energía, y que siguen dando o viviendo de otras maneras. Entiende esto: tener conciencia del punto exacto en que una estación da el último aliento, tiene que ir de la mano con vivir aceptando el curso natural de la vida. Tener conciencia del punto exacto del nacimiento solo te llevará a tener conciencia del punto exacto de la muerte, y viceversa.

-Parado aquí es la primera vez que tengo conciencia del paso del tiempo abuelo, parado aquí es la primera vez que tengo conciencia del último aliento, y no quiero ver, quisiera no saber, o estar como tú, tan sereno.

-No estoy sereno. Es que estoy consciente, y he aceptado, que estoy comenzando a vivir el invierno de mi vida. Es un buen momento para decirte que me alegra mucho estar vivo para ver que te estás convirtiendo en un hombre.

Poco tiempo después de la plática se vació el cementerio. Don Pablo, los hijos y los nietos se fueron a la casa en que Eva dio su último respiro. No había bullicio, todos estaban pendientes de todos, y de pronto, entre todo el lento movimiento de esos días difíciles, alguien preguntó: ¿Y esta vianda, y este queso?

-Lo traje ayer para que mi abuelita se levantara a hacernos unas quesadillas –respondió Julio-. Quería repetir el pasado.

Y después del invierno prematuro de Evangelina, llegó la primavera.

# ***Título: El sombrero de charro***

# ***Autor: Profesora Alicia Trujillo Gálvez***

Rafael es un hombre que ha vivido, los surcos en su piel morena clara, las venas saltonas en sus manos y las alegres canas que le coronan la cabeza, dan testimonio de ello; tiene un singular carisma, la plática fácil y una memoria excepcional, si lo miras bien puedes notar que aún conserva en las facciones la huella de la galanura y el atractivo que tuvo en su juventud; como es un gran conversador le gusta narrarles a sus nietos historias de su niñez y hoy les tiene preparada una de su lejana infancia que comienza así:

-Cuando vivía con mis papás en el rancho de “La Joya”, un día muy de mañana me dijo mi papá que me quería llevar a Cuerámaro a comprarme unos huaraches y un sombrero. A mí me entusiasmó la idea pues estrenar era algo que me gustaba mucho y además ya necesitaba ambas cosas. Cuando nos subimos a los caballos íbamos platicando de algunos temas; pero yo notaba que mi “Apá” no me ponía mucha atención, hasta que le dije que le necesitaba pedir algo, entonces de un jalón paró en seco su caballo y me preguntó que qué era lo que requería. Yo medio chiveado con la mirada clavada en el lomo de mi caballo, apretando fuertemente la brida y aclarándome la garganta le contesté que quería decirle que él me iba a comprar huaraches y sombrero; pero los que a él le gustaran y que a mis amigos de juegos sus “Apás” los dejaban comprar los que ellos querían, que me gustaría que él fuera también así conmigo. Dura y tajantemente me contestó que yo no podía escoger mis cosas porque tenía malos gustos. Así en silencio seguimos avanzando a nuestro destino y cuando llegamos a Cuerámaro, que me animo y que le vuelvo a preguntar: -¿Entonces “Apá” qué vamos hacer?, ¿me va a comprar lo que usted diga o me va hacer el gusto que traigo en la mente? Con rostro un tanto inconforme me dijo que estaba bien, que íbamos a ver y yo sería el primero en escoger y que si le parecía buena mi propuesta eso me compraría.

Llegamos a donde me iba a comprar los huaraches, él escogió unos y le hice saber que esos no quería yo, luego vimos otros y otros y otros, hasta que de tanto buscar encontré unos que me agradaron y esos me compró. Después fuimos por el sombrero, buscamos en unas sombrererías y no encontramos el que yo quería, mi “Apá” decía: -mira este te queda y yo le contestaba que no, no, no; aunque me quedara. Y así hicimos visitadera de tiendas hasta que encontramos el que yo buscaba y con una sonrisa enorme le dije: -¡Este es! Él me quiso convencer de que buscara otro diciéndome que ese no era para ir al campo o como para estar en el rancho, que ese era para jaripeos, para fiestas, como para charros; porque el sombrero que yo escogí era un sombrero de cuatro pedradas, falda ancha y en el recorte llevaba terciopelo de tres colores: verde, blanco y rojo. ¡Ese era el que me gustaba!, ¡el que yo había soñado tener!, y así se lo hice saber, mi “Apá” dijo que no, que definitivamente ese no podía ser, que cómo iba a andar con ese sombrero, que no era para mí. Entonces me acordé que un día mi hermano mayor, Antonio, me había dicho que cuando uno quiere algo de verdad no debe darse por vencido y me puse a rogarle, ¡a suplicarle! Hasta que por fin de tanto que le insistí acabó por comprármelo; pero antes me advirtió: -¡No lo vayas a perder!, ¡no lo vayas a maltratar!, ¡ni a quebrar!, ¡porque estos son muy delicaos!, a lo que yo muy contento contesté que no se preocupara, que lo iba a cuidar mucho. Ya de regreso al pueblo de La Joya mi “Apá” iba muy enojado porque ese sombrero era más caro que el sombrero que él me quería comprar y requería de más cuidado, incluso me indicó que sólo me lo dejaría poner en los días que él me señalara y nada más, lo cual me pareció bien. Yo me sentía feliz y luego de un rato le pregunté que qué días me dejaría usarlo. A lo que él contestó que cuando fuera a misa o a una fiesta; pero cuando llegamos a la casa le pedí permiso para salir con mis amigos y llevarme mi sombrero de charro, él me miro como diciendo un “no” enojado y yo lo miré como diciendo un “ándale” suplicante y luego agregué ya con la voz: -“para que vean lo que tengo”, “quiero presumir “Apá”, hasta que me dijo muy enojado: -está bien llévatelo, cuídalo mucho porque te lo pueden robar o te lo pueden quebrar. Sí “Apá” lo voy a cuidar mucho, -le aseguré.

Cuando llegué a donde estaban los muchachos jugando había dos alterones de sombreros ensamblados, que iban del suelo de tierra en dirección del cielo azul, cada uno tenía unos ocho o diez sobreros, lógicamente yo fui el último en llegar y mi sombrero quedó hasta arriba, ahí andaba uno de mis parientes, un primo, le hablé y cuando llegó conmigo le expliqué: -mira primo este sombrero me lo acaban de comprar. -¡Uy mira está rete bonito! –me contestó: -Ayúdame a cuidarlo- agregué y él me respondió que sí. Nos pusimos a jugar; pero a cada rato volteábamos para ver si ahí seguía mi sombrero, jugamos mucho tiempo y el sombrero permanecía donde lo había dejado; hasta que de repente después de mucho rato que volví a voltear… mi sombrero ya no estaba, estaban todos los sombreros menos el mío, rápidamente le eché un grito a mi primo preguntándole si no había visto mi sombrero, apenitas lo acabo de ver, ahí estaba, -me contestó. Bueno pues ya no está, -le alegué, y empezamos a dar vueltas y a preguntarles a los muchachos… después de mucho, cada uno de mis amigos agarró su sombrero y se fue. Así nos quedamos nada más mi primo y yo preguntándole a cuanta persona nos topábamos que si no habían visto un sombrero así y asado; pero nadie nos sabía dar razón.

Cerca del lugar dónde estábamos jugando había un corral grande, sus dueños estaban hasta el fondo, tenían una casita de carrizo y zacate, nada más era una pieza larga, no tenían recámaras, ni comedor o sala, un cuarto con una puerta era todo ahí. Unos muchachos que estaban cerca, me dijeron que mi sombrero lo había agarrado José el hijo del señor de esa casa, en cuanto supimos mi primo y yo fuimos a tocarle, tenía una puertita de madera hecha nada más de tablas viejas, les tocamos ahí no había más; pero nadie salía así que comenzamos a gritarles por su nombre: ¡Don Jesús!, ¡José!; pero no abrieron, hasta que me cansé de tanto gritarles y mi primo también, luego de mucho rato, nos cayó noche, todo se oscureció, ya no sabíamos qué más hacer y empecé a pensar que si llegaba sin el sombrero a mi casa mí “Apá” me iba a pegar; luego de otro rato le seguí gritando a Don Jesús que si ahí estaba mi sombrero, pero fue inútil no me contestaba nada, ni abrían la puerta y ahí estaban, se les podía ver moverse a través de las pequeñas ranuras que se hicieron entre las varas de carrizo. Entonces con un anticipado y profundo dolor le dije a mi primo que mi “Apá” me iba a pegar, pero que si él me acompañaba y me ayudaba a explicarle, tal vez no lo haría, pero él me alegó que ya era muy noche, y que le dada miedo que mi “Apá” agarrará parejo y hasta a él le fueran a tocar unos fregadazos, entonces se me ocurrió una idea muy descabellada para espantar a Don Jesús y a José, y le pregunté a mi primo si traía cerrillos, -¿para qué?, -me dijo. Le voy a quemar la casa a Don Jesús- respondí; porque quemándole la casa va a sacar mi sombrero, o que se queme mi sombrero junto con él y su casa. Al ir soltando estas palabras me di cuenta que Don Jesús estaba como a un metro de distancia de nosotros, según él muy escondidito, entendí que el peligro era muy superior, muy grande, entonces mi primo, dándose cuenta de todo y en complicidad conmigo, gritó ansioso: -¡Ya vámonos!, yo grité también un ¡Sí! Desesperado, ¡ah! Pero todavía antes de irme le vociferé a Don Jesús una retahíla de groserías y para rematar con broche de oro le grité con todas mis fuerzas: -¡Coyote! que era su apodo, porque sabía que no le gustaba, hice eso un par de veces, después mi primo y yo nos echamos a correr cada quien para su casa.

Cuando llegué a la mía mi “Amá” estaba esperándome, ya estaba muy avanzada la noche y me interrogó sobre mi tardanza, porque mi “Apá” estaba rete angustiado buscándome por todo el pueblo, preocupado por mí y por el sombrero que me había llevado, le tuve que contar todo a ella y se puso a llorar. Ya que se medio calmó, luego de un rato grande, me aconsejó así:-Mañana temprano háblale a tu “Apá”, cuéntale así como sucedieron las cosas, platícale para que no te golpee tanto. Estuve semi despierto casi toda la noche pensando que a las cinco de la mañana llevaba mi “Apá” el “maiz” al molino y que cuando se fuera me le iba a juntar y ahí aprovecharía para platicarle por todo el camino lo ocurrido. Ahí estaba yo piense y piense hasta que como a eso de las cuatro y media de la mañana escuché un chiflido y que alguien decía fuerte: ¡Eita, eita! Mi “Apá” se levantó y cuando iba a abrir la puerta le dije:-Oiga “Apá” quiero platicar con usted. -Espérame es que me están hablando- me contestó. -Sí pero yo también le quiero hablar… -¡Que te esperes!, me está chiflando Don Jesús en la puerta. Me fui a un lado de él y le volví a decir: -Quiero hablar con usted precisamente de eso.- ¡Que te esperes!- me dijo ya muy enojado. Cuando llegó con Don Jesús, le comenzó a decir:- Eita vale, a ver qué haces con Rafo, es muy grosero, toda la tarde se la pasó afuera de mi casa mentándome la madre, gritándome “Coyote” y amenazando con quemar mi casa. Mira Chilo yo no tengo más casa, si me la quema, ¿qué voy hacer? -Pero, ¿por qué?, ¿qué pasó? -preguntó mi “Apá”; pero sin siquiera voltear a verme. Pues quién sabe, nosotros estábamos muy tranquilos cuando empezó a gritar: -¡Te quemo la casa!- agregó Don Jesús. Yo que seguía a un lado le volví a insistir: -“Apá” déjeme explicarle… pero de un empujón me hizo callar.

Luego fue por mi “Amá” y la llevó a donde estábamos, ella llegó llorando. Mi “Apá” le pidió un lazo, una reata y ahí mismo delante de Don Jesús empezó a golpearme, con cada reatazo que me daba me tiraba de pura panza, me golpeaba en la espalda y en las asentaderas, yo trataba de hincarme para poderme parar; pero por más que intentaba no podía porque los golpes eran muy fuertes, me arrastraba con cada uno, luego del quinto reatazo no pude más, me quedé tirado de panza y ahí continuó golpeándome, hasta que se cansó. Los golpes fueron duros, pero lo más duro y doloroso fue que mi “Apá” no me hubiera querido escuchar, que se dejara fiar de Don Jesús.

Ya después de un rato me levantó mi “Amá” y me acostó boca abajo en un petate, me puso lienzos de agua caliente con sal en los moretones y en los verdugones que me había dejado cada golpe de mi “Apá”; ahí me venció el llanto, el dolor, la tristeza y el cansancio. Sería medio día cuando me despertó el alegato de mi “Apá” con mi hermano Antonio que venía llegando de Irapuato, mi “Amá” lo había puesto al tanto de lo ocurrido y pues le decía a mi “Apá” que me había golpeado injustamente frente a Don Jesús y sin haberme dado oportunidad de explicarme; a lo que mi “Apá” contestaba justificándose con que él no quería comprarme ese sombrero y que el problema había surgido precisamente por mis ganas de presumir. Ya no supe más, me sentí tan humillado, tan enojado que en cuanto pude levantarme me acerqué sin hacer ruido, despacio, al pié del fogón y agarrando los cerillos de mi “Amá”, me dirigí nuevamente a la casa de Don Jesús y volví a gritarle: ¡Coyote! Y ¡Ahora sí te quemó la casa! Y arrojé el primer cerillazo, que alcanzó a quemar un poco de yesca de hierba que había por ahí, en eso salió José hecho la mocha a traer un balde con agua. Entonces yo grité tan fuerte que hasta me dolió el gañote: ¡Coyote dame mi sombrero! ¡Dámelo o cuando sea grande te voy a matar! Me quedé un ratito callado mirando, parado en puntas a ver qué veía y de pronto por la puerta Don Jesús aventó mi sombrero con muchas fuerzas, este se fue para arriba, al cielo emborregado y luego regresó hasta caer a la tierra levantando un poco de polvo, cerca de donde yo estaba. Lo tomé entre mis manos y al subir la mirada ésta se cruzó con la de José quien me dijo con mucho odio: -Me las vas a pagar.

Regresé a mi casa con mi sombrero de charro y cuando llegué me encontré a mi familia toda reunida en la sala, mirando en silencio a mi “Apá” que estaba sentado en una silla con la cabeza hundida entre sus ásperas manos, cuando su mirada se encontró con la mía me dieron ganas de llorar y en la garganta se me hizo un nudote, él se levantó, me puso la mano en el hombro y me acercó hacia él, después con su voz grave entre cortada y bañado en llanto dijo: -Hijo vamos a platicar…

# ***Título: Mis 49 hermanos***

# ***Autor: Profesor Julio César Trejo Lara***

Mis hermanos y yo estamos juntos en una gran bolsa de plástico la cual nos contiene. Mis 49 hermanos y yo nos pusimos a tratar de adivinar de qué forma será, en la que nos utilicen; hasta donde sabemos formamos parte de las celebraciones más importantes en la vida de los seres humanos, yo aposté a que llegaremos a una fiesta infantil, algunos de mis hermanos han dicho que estaremos presentes en una clausura, otros que en una boda, un experimento en la escuela, tal vez nos llenen de agua y nos lancen, otros opinan que estaremos atados a los pies de alguien intentando salvarnos para que no lo saquen del juego, algunos piensan que se sentarán encima de nosotros, o tal vez seremos el pretexto para que alguien nos apriete con su cuerpo y tocar el cuerpo de otra persona. Es divertido pensarlo y espero que todos nosotros estemos juntos el mayor tiempo posible, que logremos despertar sonrisas y hagamos muy felices a los demás.

De verdad me gustaría estar en una fiesta infantil, que los niños jueguen conmigo evitando que me caiga al suelo, buscando permanecer el mayor tiempo posible en el aire. Pero eso no lo sabremos hasta que todos estemos en el lugar donde nos lleven.

Así pasan los días esperando el momento en que nos liberen de esta bolsa contenedora. Quisiera en este momento sentir la sensación de ser importantes. Lo cual para desgracia nuestra, aún no sucede. Algunos de mis hermanos ya están desesperados y comienzan a moverse mucho, otros nos aprietan y empujan a todos los demás. Seguimos esperando y así pasan varios días, hasta que un día parece que nos van a comprar, nos movemos todos más de lo acostumbrado por la felicidad, pero para nuestra mala suerte solo preguntan por nosotros. Se siente la emoción de por fin salir a divertirnos, pero la terrible desilusión en este instante es aún más grande.

Hasta que un día sucede, hoy es el momento en que deciden comprarnos. Lo hace un señor algo gordo y bigotón, vestido de traje de un popular color primario. Mis hermanos y yo vamos todos felices y cruzando las puntas para ver quién es el que acierta. Nos recibe una señora joven, de tez blanca y nada despreciable. Nos destapa y comienza a llenar de aire la panza de cada uno de mis hermanos, yo sólo puedo tratar de voltear, pues estoy al final de la bolsa. Primero comienza a inflarnos con la boca, con sus labios gruesos y carnosos, después utiliza un instrumento algo raro, que parece una botella de refresco la cual tiene una palanca al final que empuja el aire, yo quisiera que pusieran sus labios en mi boca, aunque tengo un primo que fue inflado por una persona que estaba bebiendo cerveza, guácala, todo ese aroma horrible, que decidió explotar antes de seguir conteniendo tal peste, ja ja ja, tal vez yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.

Les he ganado a todos mis hermanos, estamos en una fiesta infantil. Soy el más feliz por haber acertado en la apuesta. Me gustaría estar en la mesa central, pero ¿cómo le haré?

¡Ah ya sé! me introduciré más al fondo, para que cuando la señora meta la mano, yo sea el elegido que vaya al centro del arreglo de la mesa principal. Quiero que todos me vean y sepan lo importante que soy.

Casi lo logro, uno de mis hermanos es el que está en el centro del adorno principal. Le he dicho que cámbienos lugares pero la señora a apretado bien fuerte los nudos y no podemos soltarnos tan fácil, espero que al final de la fiesta aun tener aire, y que los niños jueguen conmigo, esa es mi ilusión. La fiesta al parecer, es del cumpleaños de un niño, he visto su nombre escrito en el pastel, dice: “feliz cumpleaños Dany”, es gracioso todo o casi todo a sucedido como yo quería, también me da mucho gusto por el festejado. Claramente se ve que es un niño muy alegre y sumamente feliz. Está encantado jugando con sus amigos los cuales son correteados por una niña que parece el demonio de Tasmania, no se está sosiega, de hecho los niños al huir de ella gritan: ¡corran ahí viene Julieta!

Ya han partido el pastel y comienzan a quitar a mis hermanos de las paredes y arreglos para jugar con ellos, ¡que felices son! Espero que muy pronto toque mi turno. Comienza a haber un poco de viento que entra en el salón de fiestas, viene un tanto fuerte, ya tres de mis hermanos se fueron volando arrastrados por el viento y los niños gritan “¡ay no!, se va mi globo, ¡agárrenlo por favor!”, sin que nadie pudiera hacer nada. Solamente me despido de ellos esperando que ningún carro los atropelle.

Por fin, es mi turno de jugar con los niños. Me desprenden del adorno de una forma un tanto brusca, pero sé que es por la desesperación que tiene por jugar conmigo, comienzan a lanzarme al aire, es tan divertido bajar despacio, que me cuiden de no tocar el piso, solo espero que el viento termine o disminuya para no escaparme volando como lo hicieron mis hermanos. Pero por el momento solo quiero disfrutar esta sensación, la cual he esperado durante mucho, mucho tiempo. Ahora son dos niños los cuales me empujan hacia arriba. El niño de rojo van dos veces que me deja caer, hasta el momento es el que va perdiendo. Lo que más me agrada es la risilla traviesa de los niños, y el entusiasmo con el que juegan conmigo, su risa es contagiosa, también me rio aunque mi risa no se escuche.

Una niña más grande y de trencitas doradas me ha tomado, se ha echado a correr llevándome en sus brazos, los niños la persiguen pues estaban muy felices jugando conmigo. Lo cual no logran quitarme de mi secuestradora, y deciden tomar a uno de mis hermanos y continúan con su juego de lanzarlo al aire.

Esta niña hace que me de ansia, pues con su dedo gordo recorre mi voluminoso cuerpo resbalándolo por el costado lo cual hace un sonido muy estremecedor que me aturde por completo. Ya varias personas le han dicho que no haga ese sonido tan desagradable, pero al parecer solo la motivan a que lo siga haciendo. Tengo que escapar de esta niña. Auxilio hermanos, ¡ya no la soporto! Voy a aprovechar esa corriente de aire para soltarme de su mano que tiene embarrado pastel. Con mucho cuidado comienzo a liberarme, solo espero no aterrizar en ese rosal que se encuentra al fondo donde sirven la comida.

Eureka, lo he logrado, pero el aire es muy fuerte y comienzo a elevarme, bueno al menos la niña ya no me tendrá en sus manos llenas de pastel. Sigo elevándome, comienzo a preocuparme, pues si continuo así me saldré del salón de fiestas y ya no jugaran conmigo. En eso llega una corriente descendente que hace que baje, oh no voy a los rosales, ¡auxilio deténganme!, ¡Tú niño de verde atrápame por favor!, inesperadamente uno de mis hermanos se escapa de las manos de un niño y choca contra mi enviándome fuera de las espinas del rosal, pero desafortunadamente el choque entre nosotros lo envió a él hacia las espinas puntiagudas y solo se escuchó un “plot” muy grande que es la forma en la que mi hermano gritaba ¡auxilio!

Gracias hermano me salvaste de explotar en las espinas, te sacrificaste por mí, voy a valorar tu esfuerzo. Un tanto triste por el suceso, comienzan los niños a jugar nuevamente conmigo, pero ahora me patean, uno de los dos niños tiene zapatos con agujetas metálicas, espero que no me rompa.

Ya no estoy tan divertido, pero sigo jugando con los niños los cuáles ya no les interesa jugar, sino que los golpes que me dan son sin intención de pasarme al compañero. En ese preciso instante llega una corriente de aire y me logro escapar de los niños, nuevamente la fuerza del viento me impulsa hacia arriba y comienzo a elevarme, disfrutar de la fuerza con la que soy elevado hacia las nubes. Espero seguir flotando en el aire, seguir las nubes, convertirme poco a poco en una de ellas, ya no quiero ser un globo. Pero desafortunadamente sé que no será así. Para desdicha mía comienzo a bajar, empiezo a descender y voy directamente a la autopista donde los vehículos pasan muy fuerte.

¿Qué harán mis hermanos?, ¿tendrán la misma suerte que yo? ¿Este será el destino de todos nosotros? Esquivo los autos como puedo. Tengo dificultades para salir rápidamente de la carretera pues el viento ya no sopla con tanta fuerza. Espero llegar a la orilla, aunque en ella las plantas y cardos se ven filosas, espero no terminar enmarañado con alguna de ellas. La verdad me da miedo terminar así, enredado y roto en algún ramal. Eso es mi más grande miedo.

Sigo toreando los autos, aunque un tráiler casi me explota con las llantas traseras. Pero afortunadamente el viento soplo a mi favor sacándome de ese lugar. Sigo rodando por la orilla de la carretera, mi energía estática se ha encargado de que las pequeñas partículas de polvo se adhieran a mi cuerpo, lo cual hace que este feo y sucio, pero mi alma sigue intacta, pura. Sigo girando dando pequeños saltos, ya casi llego a la ciudad donde están los semáforos, en ellos puedo ver un grupo de personas que piden dinero a las conductores que van en sus vehículos. Creo que seguiré girando por siempre.

Los niños que se encuentran en el semáforo me ven y corren tras de mí, el viento nuevamente a empezado a soplar de manera incontrolable para mí, es tan fuerte que no puedo detenerme, quiero esperar a los niños, ¡vamos niños corran más fuerte!, ¡por fin!, ¡gracias niño!, de verdad muchas gracias ya estoy cansado de estar girando sin rumbo. Ellos me amarran a un hilo, y juegan conmigo con una emoción que siento en todo mi cuerpo, esa alegría era la que me gusta y deseaba sentir. Es tanto el amor que siento que creo que voy a explotar de felicidad.

Ya no les importa pedir dinero a los niños, no me han soltado desde que me atraparon. Uno de ellos es muy gracioso; me sopla el polvo, intenta limpiarme con su mano y también con su ropa carcomida y sucia, pero al parecer me ensucia más de lo que me limpia. Lo cual a mí no me importa en lo más mínimo, pues el niño cree que estoy más limpio ja ja ja. Los niños siguen jugando conmigo, siento el amor y la alegría en ellos.

El viento que afortunadamente me trajo hasta aquí, ahora me quiere despojar de ellos. Para mi buena suerte no ha logrado soltarme del hilo que me detiene. Anochece y cada vez se hace más y más oscuro, pero no me importa porque soy nuevamente feliz. Sigo atado al cordón, de vez en cuando se intercambian el hilo para que el otro me lleve, llegamos a lo que parece ser su casa, es pequeña y no tiene muchas cosas, pero lo que importa es el amor que siento y la felicidad que puedo generar en ellos.

Tienen una hermana más pequeña que se encuentra en un pequeño bambineto y me dejan amarrado a su pequeña manita izquierda que juega y sonríe con tal felicidad que desbordo alegría por todo mi regordete cuerpo blanco, por fin encontré mi hogar.

# ***Título: La historia confusa de la mancha negra***

# ***Autor: Profesora Perla Jazmín Cabrera Olvera***

En éste cuento conocerán una de las historias acerca de un descubrimiento muy importante para la humanidad, aquí no habrá ni princesas ni dragones, ni bestias de gran inmensidad, ¡ah! Perdón a excepción de una.

El pequeño muelle del pueblo “Queso Rancio” está ubicado en una isla en algún lugar del mundo, originalmente famoso por sus quesos apestosos, pero desde hace un tiempo convertido en el mayor exportador de aceite de ballena. La gente ya no va ahí por sus quesos sino por el aceite, el cual ha servido como combustible para dar luz a todas las calles de las ciudades. Es el pueblo más rico que existe.

Un día, una señora llamada Glutilda se dispuso a vender los últimos quesos rancios que le quedaban desde hacía meses. Se fue directo al muelle a ofrecerlos. Por el mal olor que éstos producían, la gente se alejaba de ella. Triste y desilusionada, se sentó con la canasta a la orilla del muelle; en eso observó que un barco viejo y oxidado, comenzó a encallarse. De aquel barco, bajó de un brinco un niño que llevaba botellas en sus brazos. Se acomodó en un espacio y comenzó a invitar a la gente que en ese momento pasaba por ahí. Ofrecía un producto que –según él– revolucionaria el alumbrado de casas y calles. Él niño comenzó a anunciar – señoras, señores, su atención por favor. De este lado del muelle les hablo hoy. Traigo algo mágico y grande de verdad, pues lo que sus ojos verán nadie lo creerá. Acérquese, acérquese, es su última oportunidad. Damas y caballeros, su atención por favor. Si al caer la tarde en las calles tiene miedo de ya no ver, y al oscurecer tiene que correr o refugio cercano buscar para cualquier peligro poder evitar. Ya no huya más. Solución aquí hay: un combustible tan mágico que brilla aún más potente que el mismo sol–. Sin embargo, toda la gente que pasaba por ahí se reía del niño, diciéndole que nadie compraría su producto puesto que todos los habitantes del pueblo ya contaban con el gran aceite de ballena.

Glutilda se acercó y, con curiosidad, le preguntó al pequeño: – ¿qué tan cierto es lo que escuché? muéstrame tu producto. El niño le respondió: –éste aceite negro brilla y dura más que el aceite de ballena que ustedes utilizan–. ¿Y de dónde proviene? El niño se negó a responder, argumentando que al decírselo su negocio se arruinaría. La señora, aprovechando la necesidad de alimento del pequeño, le insistió, tratando de convencerlo con un trozo de queso rancio, a cambio de la respuesta. Y el niño, que era muy astuto, le respondió: –proviene de algo muy muy grande, algo que es cinco veces más grande que una ballena–. Glutilda se sorprendió. Tomó un trozo del queso más rancio que tenía y se lo dio al pequeño, quien rápidamente corrió con sus productos y se alejó entre las calles.

Un mes después, el alcalde de Queso Rancio llamó a todos los habitantes- para dar- un anuncio muy alarmante: –a todo el pueblo aquí reunido, tengo algo muy importante que comunicarles: ¡señoras y señores, nuestra mina de oro se acabó!–

-¿A qué quiere llegar? O ¿qué quiere decir con eso? – preguntaban los habitantes confundidos por el anuncio. El alcalde, sin encontrar palabras sutiles, les dijo - lo que quiero decir es fácil de comprender. Hemos llegado al final de nuestro apogeo como exportadores del aceite, porque en el mar ya no hay ballenas. Se acabaron. Ya no hay de dónde extraer el aceite de ballena. Éstos son los únicos tres barriles que nos quedan -.

Toda la población tuvo un rato de silencio y quietud. Sin embargo, al pasar de unos minutos, comenzó la desesperación. Glutilda quien se encontraba entre la multitud, le dijo al alcalde –yo quiero hablar, pues tengo la solución a este gran problema. ¿Saben? Hace un mes un niño llegó a este muelle ofreciendo un producto que, según él, es diez veces más potente que el aceite de ballena. Le insistí tanto que me dijera de dónde provenía hasta que lo convencí. ¿Y qué le dijo? -preguntó el alcalde desesperado-. ¡Lo extrae de un animal que es cinco veces más grande que una ballena promedio! La gente no le creía e incluso le gritaban que eso era mentira puesto que nunca habían escuchado que existiera algo así. Sin embargo, de entre la multitud, alguien, que parecía por su aspecto un viejo capitán de barco, gritó: – ¡silencio! ¡Por las barbas de mi abuelo! la bella dama no miente. Existe una bestia más grande que la ballena. Pronto estará aquí y nos atacará a todos, como a mí y a mi embarcación. Anoche mientras tratábamos de cazar ballenas, nos atacó. Lo recuerdo con perfección y detalle. Ahí estaba yo en medio del océano, dando instrucciones precisas a toda mi tripulación para atrapar la ballena más grande de todas, cuando de pronto el barco se balanceo de un lado a otro, y del mar comenzaron a emerger unos enormes tentáculos que abrazaron el navío con tanta potencia que en un santiamén lo partió en mil pedazos. En ese momento esa enorme bestia emergió. Nos miramos a los ojos por unos segundos y con uno de sus tentáculos me lanzó con tanta fuerza que logró arrebatarme una pierna. Luego, desapareció dejando como rastro una gran mancha negra sobre el mar. No supe qué hacer, perdí a todos mis amigos; logré sobrevivir pero con una sola pierna y ahora teniendo que usar muletas. Me encantaría encontrar de nuevo y castigar a esa bestia responsable de mi tragedia.

–Espere, ¿qué dijo? –preguntó el alcalde.

– ¿qué me encantaría encontrarla de nuevo? –respondió el capitán con voz decidida y mirada profunda.

– ¡Noo! Lo anterior.

– ¿qué dejó una mancha negra sobre el mar?

– Sí, esa es la bestia de donde el niño extrajo el combustible -afirmó con seguridad Glutilda.

El capitán aseguró saber el paradero exacto de la bestia, pues lo tenía muy grabado en su memoria. Luego de meditarlo, el alcalde dejó a ese hombre al mando de una misión: atrapar a la bestia y extraer su preciado -líquido negro.

El capitán solicitó el barco ballenero más grande y equipado de todo el muelle, también diez de los mejores navegantes, valientes, fuertes y decididos a luchar con la feroz bestia marina.

Al día siguiente, a primera hora, el capitán junto con sus diez hombres ya estaba listo para embarcarse. De pronto, uno de los marineros se percató que en la orilla del muelle había manchas negras y una canasta con restos de quesos apestosos y rancios. Al enterarse el capitán, supo que se trataba de la canasta de la quesera Glutilda; enfurecido les dijo a sus hombres:

-¡esa bestia estuvo aquí anoche y ha secuestrado a Glutilda! ¡Oh! gran bestia te atraparé por todo lo que hiciste con mi barco y mi pierna, que eran lo más preciado para mí, ya que fue la herencia de mi padre el pirata Barbazul-.

Y así, todos zarparon en busca de la bestia, sin embargo al paso de unas horas uno de los navegantes le dijo al capitán:

-ya hemos navegado más de cuatro horas hacia el sur capitán y no hemos encontrado nada, ¿Qué rumbo tomamos ahora?-

No desesperen marineros, sigan de frente y a tres nudos de vuelta a la derecha. Pronto encontraremos a esa bestia - mencionó el capitán.

Después de dar más de ocho vueltas por una misma isla, uno de los marineros asustado salió del cuarto de máquinas gritando:

-¡Capitán, capitán! Uno de los motores se atascó y es imposible seguir avanzando.-

En ese momento, el barco se balanceó bruscamente y, debajo de él, comenzaron a emerger los enormes tentáculos del enemigo del capitán, El “KRAKEN”, una bestia mítica que yacía en el fondo del mar. El capitán miró a la bestia y dijo sonriendo: -aquí estás de nuevo frente a mí. ¡Pronto marineros! Jalen las cuerdas y suelten la red.

El “KRAKEN” rápidamente se sumergió en el mar pudiendo escapar de la vista de todos. Cuando los marinos se descuidaban, la bestia con sus enormes tentáculos emergía y arrebataba el sombrero o tocaba el hombro de ellos, comenzando con un juego de escondidas.

El capitán aprovechó un descuido de la bestia, y lanzó una gran cuerda logrando enganchar uno de sus enormes tentáculos, dando tiempo para que los marinos lanzaran la red y la inmovilizaran logrando capturar al gran enemigo.

Ya en el muelle, todo el pueblo se encontraba esperando aquel barco ballenero para celebrar la captura de la bestia y el regreso de la estabilidad económica de aquel lugar.

El capitán bajó del barco y dio un discurso a todo el pueblo mencionándoles que lo encomendado se había logrado al igual que la preservación de la vida de aquellos hombres que le habían acompañado durante el viaje. Sin embargo, durante el día del viaje, se encontraron con la evidencia de que la quesera había sido devorada por el kraken.

-¿Está diciendo que esa bestia estuvo aquí anoche capitán? -dijo el alcalde sorprendido y temeroso. A lo que el capitán le respondió: -así es, pero ya no causará más daños. Y ahora sí, bestia, después de un día de buscarte y por fin atraparte, devuélveme mi pierna.

La bestia, mareada por el viaje, vomitó llantas, botellas de plástico, sombreros de varios marinos y cuanta basura se pueda imaginar. También salió un trozo de madera vieja y apolillada. Inmediatamente el capitán, al ver ese trozo, dijo: -lo sabía, sabía que aún en tu estomago se encontraba mi preciosa pierna. Así que la sacudió, la limpió, se la colocó y lanzó las muletas que le habían ayudado a sostenerse, diciendo: -muy bien, pueblo ahora todos hagamos sushi con el kraken-.

En ese instante de entre la multitud salió la quesera Glutilda y el capitán, sorprendido de verla, preguntó -¿bella dama, pero que no se la había comido la bestia?-. Ella le contestó: -¿que la bestia me había devorado? Pues no fue así. Lo único que se devoró fueron mis quesos; le encantan. El Kraken prometió que me daría todo el líquido negro que quisiera a cambio de mis quesos, pero creo que me engañaron, no sé si el Kraken o el niño. Éste líquido no prende. Sólo manchó mi ropa y mis hermosos faroles, herencia de mi tía Cleta-.

Justo en ese momento, uno de los habitantes del pueblo de Queso Rancio gritó entre la multitud: -aquí está, aquí está, el niño que tanto mencionaron, lo encontré en mí panadería tratando de comer unos panes que recién hornee y sin quererlos pagar-.

La señora Glutilda aprovechó el instante para reclamarle al niño por haberle mentido al decirle que el combustible lo obtenía de un animal más grande que una ballena; a lo que el niño le respondió: -pero, señora, eso no es verdad, yo le dije que lo obtenía de algo más grande que una ballena, mas nunca mencioné que fuera de un animal-. El alcalde sorprendido por los comentarios del niño dijo: -un momento, ¿están tratando de decir que hemos capturado éste animal por nada?-. E inmediatamente el capitán respondió: -se equivoca, alcalde. Logramos recuperar mi pierna que es el trozo de madera más bello y apolillado que existe –y, sin más que decir, se fue del lugar muy contento por su recompensa.

El alcalde, apenado por la situación tan bochornosa que ocurrió con el Kraken, decidió que lo más correcto era dejarlo ir y, por supuesto, pedirle una disculpa. Así que dio un discurso diciendo: -Sr. Kraken, en nombre del pueblo, quiero remendar tal malentendido. Considere desde ahora a todos los habitantes de Queso Rancio como sus amigos y acepte este canasto de quesos apestosos como símbolo de amistad. Y recuerde que puede regresar por más las veces que así lo desee. El Kraken antes de irse les dijo: -grrrrrr, grrrrrrrrr, grrrrrrrrrr, gr, gr, grrrrrrrrr-.

La señora Glutilda le pidió al pequeño que, por favor, les dijera de donde obtenía ese combustible. El niño les respondió que era de un agujero enorme, que se encontraba a un lado del basurero en las afueras del pueblo. Así que todos fueron a confirmarlo.

El alcalde, al llegar al lugar, se quedó pasmado ante lo que vio, pues era mucho combustible que salía a chorros. La señora Glutilda miró al niño y le preguntó que cuál era su nombre, a lo que él contestó: -Petronilo Leopoldo López, pero mis cuates me dicen Petro o Leo. La quesera le dijo: -muy bien entonces te diré Petróleo. ¿Sabes, pequeño? Algún día tu nombre trascenderá en la historia.

# ***Título: Los abandonados***

# ***Autor: Profesor Ignacio Jasiel Hernández Maya***

Sofía vivía con su mamá (Fernanda) en una colonia popular de la Ciudad de Querétaro. Hacía catorce años que Sofía vivía en ese lugar y, por ello, todo le parecía habitual. Sofía, tenía una hermana (Samantha) de cuatro años a quien le gustaban mucho los cuentos; todas las noches, Fernanda le leía a Samantha una historia, antes de dormir. Ese día, Fernanda se sentía muy cansada, estaba enferma y le pidió a Sofía que, por favor, le leyera a Samantha. De mala gana, Sofía fue a la habitación de Samantha quien ya se encontraba acostada y lista para escuchar el cuento. Sofía tomó asiento y empezó −Había una vez una princesa… −lo siento Samantha, no puedo. Samantha se quedó mirándola fijamente y le preguntó −¿por qué no puedes? Sofía respiró profundo y le dijo −no puedo, simplemente, no puedo. Samantha era muy persistente y no se quedaría tranquila hasta que tuviera una respuesta satisfactoria y volvió a preguntar hasta que Sofía le dijo –Es bobo. −¿bobo? −replicó Samantha. −Claro, no existen las princesas. −Claro que sí, yo soy una princesa −aclaró Samantha. −Mmm sí, ajá, pero los animales no hablan. –En los cuentos sí −respondió Samantha. Sofía siguió con la historia y cuando terminó de leer dijo a su hermana −¿ves? Nada de esto es cierto. Engañan a los niños haciéndoles creer que los animales hablan, que existen princesas y que se casarán con un príncipe que las llevará a un palacio. Sofía no se dio cuenta que Samantha ya dormía plácidamente. Por tanto, se levantó y se fue a su habitación.

Por mera casualidad, Sofía había encontrado el tema para su ensayo de la secundaria: “Los cuentos clásicos. ¿Útiles o generadores de prejuicios y fantasías?” el tema sonaba bastante interesante, pero −un poco raro. Al menos eso fue lo que le dijo la maestra de español a Sofía. A fin de cuentas −pensó la maestra− eran solamente cuentos para niños. La argumentación de Sofía era simple, los cuentos generaban en los niños lo que denominó: “convencionalismos y falsas creencias”. La maestra se sentía intrigada ¿en verdad?, ¿un simple cuento estaba generando estereotipos que nos seguían toda la vida? Sofía estaba convencida que sí, incluso, empezó a examinar los dibujos animados, pudo identificar que las caricaturas fomentaban ciertos roles sociales y de género.

Sofía cuestionó −antes de cerrar el tema de su ensayo− ¿en verdad es necesario mentir y engañar a los niños?; los animales no hablan, no existen las princesas. La maestra se quedó fría, pensando en todas esas historias falsas que había leído y escuchado (cuando Claudia −maestra de Sofía− era niña leía o, mejor dicho, le leían cuentos clásicos; de adulta, sus lecturas favoritas eran novelas, por cierto, del agrado de mujeres mayores. En esas novelas, generalmente, había un protagonista joven, guapo y millonario que sacaba a la mujer de su mundo de monotonía para llevarla a vivir a un paraíso de comodidades, aventuras y felicidad ¿acaso no era el mismo patrón?).

El fin de semana siguiente, Fernanda llevó a sus dos hijas a visitar a su tía Natalia. Sofía no quería ir, pero no tenía opción. Al llegar, encontraron a su primo José Luis quien era un año mayor que Sofía. José Luis era un jovencito bastante retraído, no le gustaba convivir con las personas, de hecho, se la pasaba todo el día con la XBOX ONE. José Luis jugaba en la sala, lugar donde se ubicaba la única pantalla con que contaban en casa. Al llegar, saludaron a la tía Natalia que recibió a todas con abrazos y besos, principalmente, dirigidos a Samantha.

José Luis apenas movió la cabeza para saludarlas. Estaba concentrado en el juego. −José, ven a saludar a tu tía y a tus primas −gritó la tía Natalia− suspirando, José Luis puso pausa al videojuego, se levantó y dijo −hola tía Fernanda. Se acercó y dio la mano a su tía quien le preguntó −¿cómo estás? −él respondió− esbozando una pequeña sonrisa, −bien tía, gracias. Después de eso, regresó al sofá y continuó con su juego. Fernanda y la tía Natalia se fueron a la cocina a seguir con su charla, mientras tanto, Sofía se quedó parada observando. Se trataba de GTA V, es un juego muy violento, había robos, asesinatos y otras cosas feas. Después de unos minutos, vio que otros títulos había, entre ellos alcanzó a leer: Far Cry 4, Halo 5, Gears or Wars 4. −Me gustaría tener un videojuego −pensó Sofía− pero ninguno de esos, quizás algo de deportes o aventuras, por ejemplo, Los Sims.

La tía Natalia solía quedarse horas platicando con Fernanda. Samantha estaba entretenida con un libro para colorear que había llevado y Sofía no sabía qué hacer. Samantha y sus intereses infantiles no le llamaban la atención para nada, las pláticas de adultos eran muy aburridas. ¿A quién le interesa escuchar acerca de dónde comprar jitomates? Lo más cercano era José Luis pero, definitivamente, esas escenas no eran agradables. Y es que Sofía no era la típica adolescente enamorada de 1 D, ni Bieber; no se ponía a gritar, ni se sabía sus canciones. A Sofía le gustaría ir a otros sitios, por ejemplo, a un museo. Nunca había ido a alguno, ni a un concierto, menos a una biblioteca. −Mamá −preguntó Sofía− mientras iban de regreso a casa. −¿Por qué nunca salimos a hacer algo divertido? Fernanda se quedó pensando y respondió −claro que sí. Fuimos a la feria el año pasado. Hace dos años las llevé a un parque. −Mamá eso fue hace 4 años y fue porque me lo dejaron de tarea −respondió Sofía. Fernanda era buena mamá pero en realidad, no sabía la respuesta. Por tanto, dijo −es que no tenemos dinero. Sofía no dijo más, siempre había escuchado esas palabras mágicas.

−Mamá tengo hambre, ¿ya vamos a comer? −preguntó Samantha. −Ahorita preparo la sopa de verduras −respondió Fernanda. −No me gusta mamá −replicó Samantha. Al llegar a casa Fernanda encendió el televisor y Samantha se sentó encantada a ver “La Peppa”, como ella le decía. Sofía tenía que hacer su tarea y le tocaba ayudar en casa. Desde que Sofía tenía recuerdos, siempre había lavado los trastes, le tocaba barrer (a Fernanda no le gustaba barrer, pero sí trapear), además, aseaba su habitación. En casa sólo había tres habitaciones, no tenían sala. Aunque “La Peppa” no era lo más agradable para estudiar y hacer tareas, no había mucho por hacer, el volumen de la televisión siempre estaba alto.

Luego de todas sus labores había llegado la hora de dormir ¿o no?, al lado de la casa de Sofía, vivían unos chavos, hasta donde ella sabía, ninguno de ellos estudiaba o trabajaba; casi no estaban en esa casa, pero ese día, habían llegado. La música empezó alrededor de las 9:00 p.m. Fernanda y Sofía tenían la esperanza de que pronto parara el escándalo, por su parte, Samantha sí pudo conciliar el sueño. Para eso de la 1:30 a.m. Fernanda había quedado rendida. Sofía se preguntaba −¿por qué hacen tanto ruido? −se escuchaban pláticas y carcajadas. La música era estridente. Los jóvenes cantaban y tomaban cerveza, desde la ventana, se podía observar que salían a la calle. Sofía estaba realmente enfadada, no podía dormir y luego se asustó cuando empezó a escuchar gritos, un auto arrancó con gran rapidez y se escuchó que tronaban algunas botellas; exhausta, se durmió alrededor de las 2:45 a.m.

El despertador sonó a las 5:00 a.m. y una desvelada Sofía, se levantó a ducharse y arreglarse para la escuela. Después, se sentó a desayunar con su mamá. −Recuerda que te voy a dejar a Samantha en cuanto regreses, por favor, no te entretengas. −Sí mamá −respondió Sofía −pero, ¿por qué tengo que cuidarla? −Tu abuela ya está muy grande y enferma. Ella te cuidó a ti −Sofía suspiró− está bien. Después de clases, Sofía regresó y barrió los vidrios de las botellas que habían quedado en la banqueta frente a su casa; luego, empezaría su nueva labor de niñera −por supuesto sin paga− Sofía jamás se imaginó que sería tan pesado cuidar a su hermana. Tenía que ayudarle con su tarea, a pesar que ella también tenía tarea. Ese día, tuvo un “accidente” y, por tanto, la tuvo que cambiar de ropa y lavar la ropa sucia. Samantha, por su parte, cantaba alegremente las canciones de las caricaturas. Y le decía a su hermana “estoy aburrida. Ya me aburrí.” Sofía trataba de concentrarse en la tarea de matemáticas −no le entendía− también, tenía que ir al cibercafé para hacer una tarea de biología.

Fernanda regresó del trabajo bastante animada, había logrado hacer tres contratos y su comisión sería, para ese día, de ciento cincuenta pesos. No le parecía nada mal. Entró a casa y encontró a Sofía cansada y enfadada. Sofía le platicó lo ocurrido y Fernanda prometió que encontraría una solución.

Al día siguiente, mientras Sofía iba de regreso a su casa, se percató que había mucha basura en la calle, fue algo extraño. Toda su vida había visto basura en la colonia, pero nunca le había importado. Observó detenidamente y vio que había bolsas enteras repletas de basura en las calles, también, notó que había toda clase de basura: elotes, vasos desechables, envolturas de frituras, bolsas, entre otras cosas. Sofía pensó −Seguramente, alguien tiró todo esto en la calle, en lugar de ponerlo en el bote de la basura.

Los contenedores estaban rebasados por tanta basura. Mientras Sofía caminaba por la banqueta, de repente, tuvo que bajarse (siempre lo hacía, pero no se había dado cuenta) debido a que don Alejandro, había decidido extender su casa hasta la calle. Un buen día, mandó a poner unos postes de metal y un techo de lámina. Ya que don Alejandro no tenía cochera, había tenido la genial idea de estacionar su auto sobre la banqueta, lo cual, siempre mantenía fresco el vehículo porque estaba en la sombrita. Lo que don Alejandro no había considerado es que todos tenían que bajar a caminar a la calle. −Alguien debería hacer algo −pensó Sofía. Los vehículos circulaban muy rápido aunque había letreros de 40 km/h, eso poco importaba, hacía poco habían atropellado a un señor.

Sofía no tardó mucho en encontrarse con la frutería, la señora de las frutas (no sabía cómo se llamaba, no le compraban porque Fernanda decía “esa señora da muy caro, casi al doble los jitomates”) sacaba huacales de frutas y verduras a la calle; pero en día de tianguis era aún peor. Aunque la calle no se cerraba, había muchos puestos. A veces, Fernanda, Sofía y Samantha compraban en el tianguis “está más barato” precisaba Fernanda. Desde temprano, los vendedores llegaban a instalar lonas, algunos se ponían en el piso y otros llevaban mesas. Había de todo, por caso, estaba el puesto de las películas, Sofía no entendía que era eso de “clon”, pero tenían todos los estrenos. También, vendían teléfonos celulares usados pero ya no tenían caja, ni cargador, tampoco daban factura. Por lo general, esos días fallaba la luz y, a veces, se iba; según Fernanda, porque los del tianguis “se colgaban de la luz”. Al día siguiente, la calle amanecía llena de basura.

Casi para llegar a casa le habló el vecino (uno de los jóvenes que vivían al lado de su casa), le dijo: “hola guapa”. Sofía entró rápidamente a su casa. Estaba avergonzada y molesta, casi nunca estaban y ahora había pasado esto. Al parecer, se trataba de una “casa de reunión” que aquellos jóvenes rentaban para sus asuntos, Sofía veía que, de vez en cuando, tenían invitadas. Los jóvenes andaban en autos y según habían les había contado Celes (una vecina y amiga de Fernanda), se dedicaban al negocio de las ventas, “esos chavos traen harto billete, surten de mercancía a toda la zona” les dijo Celestina.

El fin de semana, alrededor de las 7:00 p.m. se empezó a escuchar, a todo volumen, la música del Komander, luego, la Banda MS, algo de Cartel de Santa y Santa RM. Alrededor de las 4:30 a.m. paró la música.

Fernanda había escuchado a Sofía, pensó en hacer algo divertido; por ello, ahorró un poco de dinero para salir el domingo. Se le ocurrió que sería buena idea ir al Centro Histórico de la ciudad de Querétaro. Así que, tomaron el autobús y fueron al jardín Zenea. Samantha estaba contenta corría por todas partes, Fernanda tuvo que comprarle un globo para evitar un connato de berrinche pero, fuera de eso, todo estaba en orden. Aunque no estaba en el presupuesto, compraron helados y se sentaron en una banca. Luego de un rato, se fueron al jardín Guerrero. Samantha estaba encantada con las fuentes, por eso, Fernanda la llevó a Santa Rosa y a ver la fuente de “Los perritos” en Plaza de Armas, estaban exhaustas habían caminado bastante. Sofía no se quejó, para Fernanda, eso ya era ganancia. Sofía no era aburrida, ni amargada, de hecho tenía su grupo de amigas en la escuela, también, le gustaba bailar, dibujar y pintar. Nunca pudo tomar clases particulares, Fernanda decía: “no tenemos dinero”. Aunque la salida había sido más costosa de lo esperado, habían disfrutado el paseo. Ahora, era tiempo de regresar a casa. Al llegar a la colonia, el autobús las dejaba a unas seis cuadras de su casa, por tanto, emprendieron la caminata y Sofía notó de nuevo la basura, pero había algo más. Buscando entre la basura, había un perrito. No parecía un “perrito callejero” se veía limpio y de raza. −Mamá. ¿Qué le pasó?, ¿Estará perdido? −preguntó Sofía. −¿A quién?, ¿dónde? −respondió Fernanda. −Al perrito −dijo Sofía con voz de ternura −ah, no sé. Apúrense que se hace de noche.

Fernanda no contaba con que a Samantha le entusiasmaría la idea del perrito. −Vamos a ver. −dijo Samantha mientras lanzaba la carrera en dirección al perrito. −Creo que está perdido −dijo Sofía− apenada por la situación. Fernanda les dijo −tal vez, fue abandonado. −¿Abandonado? −preguntó Sofía. −Sí, muchas personas compran perritos para regalar a sus hijos, pero como éstos no los quieren cuidar, los dejan en colonias populares. Ambas niñas querían al perrito y preguntaron a Fernanda si podían quedárselo. −Es mucha responsabilidad. Un perrito no es un juguete. Hay que limpiar, alimentarlo, bañarlo. Fernanda entendió que las niñas no dejarían de insistir y accedió a que se lo llevaran. Había que agarrarlo primero. El perrito estaba desconcertado, pero no asustado. Fernanda lo tomó con su chamarra y se lo llevaron a su casa. −Tal vez, sí está perdido −dijo Fernanda. De camino a casa, pasaron a la tiendita y compraron croquetas.

Fernanda le dijo a Sofía que trajera desechables, pusieron agua y croquetas. El perrito era dócil, parecía que era cachorrito. Al día siguiente, Fernanda llevó al perrito a la veterinaria, en efecto, era un cachorro, se trataba de un labrador, es decir, pequeño no sería. Al parecer, estaba sano. La veterinaria le ofreció a Fernanda sacar una fotografía y publicarla en grupos de Facebook para ver si alguien lo reconocía. Nadie lo reclamó.

Desde ese día, Valiente (nombre que pusieron al perrito) fue parte de la familia. Desde entonces, Sofía se encontró con que había niños que arrojaban piedras y pateaban a los perritos o gatitos de la calle y siempre los regañaba −¡no hagas eso! −les decía. También, Sofía siempre llevaba croquetas y un poco de agua para los perritos de la calle, cargaba en su mochila algunos desechables y siempre que podía, les ponía agua y croquetas. Supe que Sofía entró a un concurso de cuento, si gana, destinará el dinero para comprar croquetas. ¿Por qué la gente es tan egoísta, tan indiferente?

# ***Título: Un día diferente***

# ***Autor: Profesora Alma Rosa Manríquez Galván***

Mamá Ratona despertó muy temprano como lo hacía todos los días.

Se estiró entreabriendo los ojos, se asomó por la ventana para revisar el clima y se dispuso a tomar una ducha con agua caliente.

Cuando terminó de vestirse y arreglarse, observó sobre la cama lo que papá había sacado del guardarropa:

Tres lindos pantalones, tres hermosas camisas cuadradas, tres pares de zapatos, tres chaquetas calientitas, 1 bello vestido morado, unas mallas con flores tejidas y unas relucientes zapatillas color lila.

Enseguida, bajó a la cocina y preparó el desayuno para papá Ratón y para sus cuatro ratoncitos, que aún se encontraban soñando con toneladas de queso fundido.

Cuando estuvo la mesa puesta, mamá Ratona subió a despertar con un beso a cada una de sus crías.

Subiendo hasta el segundo piso de la brillante litera café, le habló cariñosamente al mayor de los Ratones, le acarició el pelo y terminó con el beso de los buenos días, lo que provocó que el Ratoncito abriera sus ojos rápidamente y se dispusiera a cambiarse con alegría.

Luego, bajó sigilosamente sobre la escalera, pues sabía que el Ratoncito mediano ya había sentido su llegada.

Mamá ratona se metió entre las cobijas con Ratón mediano, lo abrazó, le susurró al oído que el señor Sol había llegado, y le hizo cosquillas llenándolo de besos en la barriga.

Ratón mediano fingía con una sonrisa en la boca que seguía dormido; pero mamá Ratona conocía perfectamente el secreto para que acabara de despertarse: ¡su canción preferida!

Con esto mamá conseguía que el travieso ratón se levantara bailando y feliz.

Ya bien espabilados, le dio a cada ratoncito la ropa que llevarían ese día a la escuela.

Había llegado el momento de ir a la cuna de los ratones mellizos para empezar a cambiarlos, pues a pesar de ser muy pequeños ya asistían a la escuelita de los bebés ratones. Ahí aprendían a correr velozmente, a cantar, a bailar, y a comer por sí mismos; pero sobre todo a jugar con sus amigos.

Bebé Ratón despertó contento y balbuceando. Mamá le cantaba mientras le ponía su pantalón, su camisa de cuadros y todo lo que ese día papá Ratón había preparado para él.

¡Listo! - ¡Qué guapo quedó bebé Ratón!

Era el turno de bebé Ratoncita.

Mamá le dio un beso en la mejilla, le cantó dulcemente y le hizo cosquillas como hacía todos los días; incluso trató de jugar con la pequeña Ratona, escondiéndose tras la cortina y asustándola para que despertara alegremente; pero algo pasaba con bebé Ratoncita…

Ella no abrió totalmente sus ojos como lo hacía todos los días, no balbuceó cuando Mamá Ratona le cantó, no se reía con las suaves cosquillas que mamá le hacía; ni siquiera se tapaba con su pequeña manta cuando su mamá le jugaba al escondite.

¡No! Hoy no era uno de esos días como todos los días…

Mamá ratona sabía que ese día, sería un día diferente.

Así que llamó inmediatamente a Papá Ratón y juntos tuvieron que llamar a los abuelos.

El delicioso desayuno tuvo que esperar en la mesa.

El vestido y las mallas fueron cambiadas por un cómodo pants, una playera y un suéter normal.

Los hermanos Ratones, supieron que tal vez no verían por algunos días a mamá y a papá.

Los juegos vespertinos de cuatro ratoncitos tuvieron que cambiar.

Aunque los tres traviesos ratones jugaban juntos toda la tarde, sentían que sin su pequeña hermana no se divertían igual.

Si… Bebé Ratoncita una vez más, tuvo que ir al hospital.

Y ahí: tres, cuatro, cinco días viendo médicos pasar; escuchando que decían preocupados

* Que si tiene esto, que si tiene lo otro.
* ¡Ahora este estudio, ahora otro más!
* ¡Que dale medicina!
* ¡Que mejor vuélvela a inyectar!

Papá y Mamá Ratona se tomaban de las manos, se veían a los ojos y oraban sin parar.

Extrañaban tanto a sus hijitos, pero bebé Ratona los necesitaba más.

Ellos le cantaban, le animaban y le decían:

-Estarás bien, ya verás.

Por supuesto para bebé Ratoncita no era nada fácil todo eso soportar; pero ella era una ratona muy valiente y a pesar del malestar parecía que con sus ojos les decía:

-Estaré bien, a casa voy a regresar, a jugar con mis hermanos, a tomar mi desayuno, a ponerme mi vestido para ir a estudiar.

Y después de cinco días:

Las manos moreteadas, las ojeras gigantescas, alucinando enfermeras que la van a estrujar. Pobre bebé Ratona, ni siquiera sus galletas de queso ha podido probar.

Bebé ratoncita pasó duros días débilmente en el hospital, pero por fin mamá y papá reciben tres recetas manuscritas de los medicamentos que en casa hay que tomar.

Ratoncita vuelve a casa y la familia de Ratones quieren festejar.

-¡Un pastel de queso!- Dice su mamá.

-Que vengan los abuelos – Dice su papá - ¡Y un jugo espumoso, pues la por la vida hay que brindar!

Los hermanos muy felices la abrazan y la miman sin parar.

Un gran festejo hicieron todos los ratones y no pararon de bailar.

Todos los ratones en casa saben que hay muchos días iguales y los disfrutan sin parar, pero con bebé Ratoncita, cualquier día puede convertirse en un día diferente, porque ella es una Ratoncita ESPECIAL… a quien aman, admiran y mucho tienen que cuidar.

# ***Título: Las 5 piedras***

# ***Autor: Profesor Guillermo Chávez Robles***

Hace mucho tiempo, en un país muy lejano, vivía un niño de doce años llamado Héctor. Él vivía con su madre en una cabañita muy pobre y miserable en el bosque. A pesar de sus carencias, los dos vivían muy unidos y felices.

Héctor era un niño de ojos grandes y vivarachos, su pelo era tan negro como la noche y poseía un corazón valiente y generoso. Su madre era muy hermosa, su rostro era de facciones lindas y delicadas y su piel nívea contrastaba con el color ébano de sus ojos y cabello.

Los dos vivían gracias a la leche de Josefina, una vaquita que era la única propiedad de Héctor y su madre. Todos los días ordeñaban a Josefina y con su leche fresca y espumosa, fabricaban mantequilla, queso, crema y nata para vender en el pueblo más cercano.

Lo que más le gustaba a Héctor, era contemplar junto con su madre el atardecer. Era un evento muy admirable, ya que, cuando el astro rey disponíase a dormir entre las montañas, éste se despedía tiñendo el cielo de anaranjado, después de un rojo intenso hasta quedar el cielo tan negro como el hocico de un lobo. Pero esto duraba unos instantes, porque el cielo empezaba a mancharse poco a poco con las refulgentes estrellas.

La madre de Héctor conocía el nombre de todas y cada una de las constelaciones, así como las leyendas sobre el origen de las estrellas.

* Dicen muchas personas que las estrellas son personas que realizaron alguna hazaña o una buena obra- comentó la madre de Héctor -. Por ejemplo, Hércules fue un gran guerrero muy valeroso y la princesa Andrómeda estaba dispuesta a sacrificarse por su pueblo.
* ¿Entonces – dijo Héctor con tono curioso -, las personas valientes al morir se convierten en estrellas?
* Así es. – Respondió su madre con ternura.
* ¡Pues desde hoy en adelante seré muy valiente para convertirme en estrella! – dijo con aire decidido -. ¿A ti no te gustaría ser una estrella mamá?
* ¿Claro que sí! ¡Me gustaría mucho! Ahora vayamos a descansar que ya es muy tarde.

Y así pasaron los días. Héctor y su madre seguían trabajando como siempre, ordeñando a Josefina, yendo al pueblo, admirando las estrellas. Y pasó el verano y el otoño, dando paso al invierno. La nieve cubría las montañas, los pinos y cedros se quedaron sin follaje y los animalitos del bosque hibernaban tranquilos en sus madrigueras. Sin embargo, ese invierno fue más cruel que en otros años. La nieve no dejaba de caer y el aire era tan helado, que nadie podía salir de sus casas.

Un día la mamá de Héctor amaneció muy enferma, su rostro estaba muy pálido y su cuerpo se estremecía por el frío. A pesar de que Héctor mantenía encendida la chimenea, su madre no dejaba de temblar.

* Tendré que ir al pueblo por medicinas y por más leña – pensó Héctor -. Si no me doy prisa. El fuego se consumirá.

Y abrigando bien a su mamá y alimentando el fuego con más leña, Héctor partió hacia el pueblo.

Ese día no nevó, sin embargo había tanta nieve que era muy difícil caminar entre ella. Al cabo de muchas horas, Héctor llegó a su casa con medicinas y la leña. Al acercarse al lecho materno, Héctor vio a su mamá muy pálida; su belleza se marchitaba rápidamente.

* Héctor… - musitó débilmente – si llega a pasarme algo, quiero que seas muy fuerte y valiente.
* Nada te va a pasar mamá – contestó Héctor sollozando. No dormiré para vigilar tu sueño.
* ¿Recuerdas que al morir, la gente valiente se convierte en estrella?
* Sí mamá…
* Creo que ha llegado el momento de partir.
* ¡No! ¡No te mueras! ¡Te quiero!
* Yo también…

Acto seguido lanzó un suspiro. Su cuerpo no reaccionaba ante el llanto de Héctor. Su mamá había partido al cielo.

Héctor estaba solo. ¡Qué triste parecía la cabañita sin su mamá! Ahora él ordeñaba Josefina e iba al pueblo sin ayuda de nadie. La gente del pueblo se enteró de su desgracia y trataban de ayudarlo en lo que podían. Y así pasaron varios meses.

Un día, Héctor se encontraba admirando el cielo. Casiopea, el dragón, la osa mayor, todas brillaban como siempre.

* ¡Un momento! – exclamó sorprendido - ¡Esa estrella no la conozco!

Y en efecto. A lo lejos se veía una estrella nueva, cuyo fulgor era tan deslumbrante y hermoso, que a Héctor se le borró la tristeza de su rostro.

* ¿Acaso será mi mamá?
* Así es, Héctor.

Él volteó muy sorprendido. La voz era de una hermosa mujer que vestía un magnífico traje estrellado y en su cabeza se posaba una corona con pequeñas estrellitas.

* ¿Quién eres? – preguntó Héctor.
* Soy Venus, la estrella de la mañana. Y he venido como respuesta a tus peticiones. Sé que vives muy triste sin tu mamá, pero yo sé cómo puedes estar a su lado.
* ¿De verdad? ¿Y qué debo hacer? ¿Dónde está ella?
* Esa estrella nueva en el firmamento es tu madre.
* ¡Quiero ir con ella!
* Aguarda, Héctor. Convertirte en estrella no es nada fácil.
* ¡Haré lo que sea!
* Muy bien. Debes reunir las cinco piedras mágicas. Cada una representa la voluntad, el valor, la compasión, la nobleza y la belleza. Para obtenerlas, deberás pasar por cinco pruebas muy difíciles. Cuando las reúnas, te elevarás al cielo, convirtiéndote en estrella y estarás junto a tu mamá para siempre.
* ¡Las reuniré! ¿Pero qué pruebas tengo que pasar?
* Al amanecer, partirás al lado obscuro del bosque, donde te aguardan las pruebas. Pero ten cuidado, porque tendrás que renunciar a muchas cosas.

Héctor dudó un instante. ¿Y si no pasaba las pruebas? ¿Y si perdía la vida?

* Lo haré – respondió determinado. Venus sonrió. Al instante apareció un fulgor, que se transformó en una hermosa piedra anaranjada.
* ¡Has pasado la primera prueba. Demostraste que tienes la voluntad para enfrentarte a lo que sea. Aquí tienes la primera piedra: la voluntad.

Y Venus desapareció, dejando a Héctor muy contento. Al amanecer, Héctor partió junto con Josefina al lado obscuro del bosque, lugar que; se decía, estaba habitado por toda clase de horribles criaturas. Ya cansado por tanto caminar, Héctor y Josefina reposaron bajo a un árbol.

* ¿Cómo obtendré las demás piedras? ¿Qué debo hacer?
* Nosotras podemos decirte cómo.
* ¿Quiénes son ustedes?
* Somos las hadas del bosque.

En ese momento aparecieron pequeñas figuras aladas que brillaban como luciérnagas y que tenían una voz muy dulce.

* ¿Qué tengo que hacer? – preguntó Héctor.
* En este bosque habita un malvado hechicero. Él siembra el terror entre la gente por su gran maldad. Es nuestro enemigo mortal y ha capturado a cientos de nosotras. Se dice que aquel que logre destruirlo, obtendrá la piedra del valor.
* ¡Entonces iré a buscarlo!
* Ten mucho cuidado. El hechicero practica la magia negra y además habita en los pantanos.
* Partiré ahora mismo.
* Entonces ten éste cetro mágico. Con él podrás vencer al brujo si localizas su punto débil.
* Héctor partió hacia los pantanos. En tres días y tres noches, él y Josefina esquivaron toda clase de peligros. Al llegar a los pantanos, Héctor se asustó. Era un lugar cubierto por la niebla, muy obscuro, maloliente y repleto por cientos de ranas.
* ¡¿Quién anda ahí?! – gritó una voz. - ¿No sabes acaso que este lugar está prohibido a todo mortal?

En ese instante apareció una figura encorvada entre la niebla. Héctor distinguió a un anciano de aspecto repulsivo, de figura cadavérica y ojos fríos. Su túnica era obscura como los pantanos y de su cuello colgaba un gran medallón rojo.

* ¿Quién eres tú? – preguntó el brujo.
* Mi nombre es Héctor. He venido a pedirte que me entregues la piedra del valor. – El mago lanzó una sonora carcajada.
* ¡Ja, ja, ja! ¿Y crees que te la entregaré tan fácilmente? ¡Primero tendrás que matarme!

Y extendiendo sus manos al cielo, el brujo invocó unas extrañas palabras, y al instante brotó del pantano una gigantesca criatura de lodo. Se dirigió rápidamente a Héctor tratando de capturarlo. Héctor lo esquivó y cayó al suelo. El cetro mágico cayó lejos de él. El monstruo lo atrapó y empezó a estrujarlo, haciendo que Héctor comenzara a asfixiarse.

* ¡Cetro mágico, ayúdame!

El cetro brilló y de él brotó un torrente de agua que cayó sobre el monstruo, el cual se disolvió al instante. El brujo se volvió a Héctor y de sus manos brotaron columnas de fuego que por poco lo alcanzan.

* ¿Cuál será su punto débil?

En ese momento vio que el medallón rojo del mago brillaba intensamente y Héctor apuntó el cetro mágico hacia él. El cetro lanzó unos rayos luminosos haciendo pedazos al medallón. El brujo lanzó un grito desesperado mientras su cuerpo se disolvía lentamente.

De pronto, el pantano comenzó a cubrirse de verde: flores árboles y plantas. Los pantanos se cubrieron de follaje y la luz del sol entró iluminando el nuevo bosque. Entonces las ranas se transformaron en las hadas que el hechicero había capturado.

* ¡Gracias Héctor! – dijeron ellas -. Nos has salvado de ese malvado brujo. Has demostrado que eres digno de poseer la piedra del valor.

El cielo se abrió y de él bajó una hermosa y brillante piedra azul: la piedra del valor. Héctor la tomó entre sus manos asombrado.

* ¡Mira Josefina! ¡Ya tengo la piedra!

Pero Josefina no respondió. Estaba tumbada junto a un árbol. Héctor y las hadas se acercaron a la vaca. Josefina estaba malherida, ya que una columna de fuego la había alcanzado.

* ¡Utiliza el cetro mágico! – dijeron las hadas -. ¡Con él la sanarás!

Pero el cetro mágico estaba roto junto al medallón.

* ¿Qué voy a hacer? – lloró Héctor - ¿Cómo curaré a Josefina?

Héctor decidió permanecer junto a su amiga. Estuvo con ella todos los días y todas las noches. La alimentaba, le aplicaba fomentos y la resguardaba del frío. Sin embargo Josefina no mejoraba. Cada día se veía más y más flaca y dejó de comer. Sus ojos estaban muy tristes; la vaquita no podía más… su sufrimiento era enorme.

Héctor comprendió que no podía hacer nada, que solamente estaba retrasando lo inevitable. Se acostó junto a ella y no durmió en toda la noche… al amanecer, Josefina murió. Había dejado de sufrir, Héctor lloró amargamente durante muchas horas.

Cuando dejó de llorar, el cielo se iluminó y bajó la tercera piedra. Era de un amarillo como el sol: era la piedra de la compasión.

* La has ganado – dijo una voz – por dejar que tu amiga muriera para que dejara de sufrir, a pesar del gran amor que le tienes. Al hacerlo, te has hecho digno de esta piedra.

Ahora solamente faltaban dos piedras: la de la nobleza y la belleza Héctor estaba optimista. ¡Pronto las reuniré! Pensaba.

Héctor se despidió de las hadas y partió hacia las montañas de cristal, donde se encontraba la cuarta piedra. Héctor caminó durante mucho tiempo hacia las montañas. Faltaba poco para llegar a ellas, cuando escuchó unos sollozos: era una ancianita que tenía a un bebé entre sus brazos.

* ¿Qué le ocurre señora? ¿Por qué llora?
* Hubo un incendio y se quemó mi cabaña. Mi hija y mi esposo murieron incinerados ¡Y mi nietecito está muy mal! – decía llorando la viejita.
* No se preocupe señora, el niño se pondrá muy bien.
* No lo creo – continuó la viejita -, para aliviarlo necesito tres piedras mágicas. Una de la voluntad, otra del valor y otra de la compasión. Pero yo soy muy vieja y no puedo conseguirlas. Sin embargo, si no lo hago mi nieto morirá.

Héctor calló un momento. ¡Él poseía esas piedras! ¿Y si las entregaba a la viejecita? ¡Pero sólo le faltaban dos piedras! ¡No podría ser una estrella y estar con su mamá!

Héctor sacó las piedras de la bolsita donde las guardaba, y se las entregó a la anciana.

* Yo tengo esas piedras señora. Tómelas; usted las necesita más que yo.

La anciana las tomó muy contenta. En ese instante, de la viejecita surgió un resplandor cegador. Cuando se extinguió ya no estaban la abuelita y su nieto, sino Venus, la estrella matutina. En su mano se encontraba una hermosa piedra verde.

* Esta es la piedra de la nobleza. En virtud de anteponer los intereses de los demás a los tuyos, te has hecho acreedor a ella.

Héctor tomó la cuarta piedra. Sólo faltaba la piedra de la belleza. En ese momento, las cuatro piedras volaron de las manos de Héctor y formaron un círculo. Dentro de él surgió un resplandor como de fuego y apareció la quinta piedra.

* ¿Pero, por qué? – preguntó Héctor sorprendido.
* Has pasado todas las pruebas. Reuniste la voluntad, el valor, la compasión, la nobleza y la belleza – dijo Venus.
* ¡Pero yo no hice nada para obtener la quinta piedra!
* ¡Claro que sí! Con todos tus actos y sacrificios, has demostrado poseer lo que realmente cuenta: la verdadera belleza… la belleza del corazón.

De pronto, las piedras rodearon a Héctor, y éstos se elevaron hacia el cielo. Mientras se elevaban, el cuerpo de Héctor se convertía en polvo estelar, quedando solamente su corazón palpitante. Las piedras entraron en el corazón formando una estrella deslumbrante, la cual se instaló en el firmamento, junto a la estrella de su madre, permaneciendo juntos para siempre.

Ahora, cada vez que te enfrentes a pruebas difíciles; alza tus ojos al cielo y contempla las estrellas. Y recuerda la historia de Héctor y enfréntate a todo con el corazón.

# ***Título: ¡Mi mamá tiene un monstruo!***

# ***Autor: Profesor Florentino Ruiz Sánchez***

Cierto día, jugaba en mi habitación con mis carritos a transportar los animales de mi granja, así como la pedacearía de mis juguetes, mi madre pasó por el cuarto y se detuvo en la puerta mirando centímetro a centímetro posibles peligros a los que estaba expuesto, su linda sonrisa descubrió la picardía de mis travesuras, ella estudiaba mis juegos, juguetes y los movimientos que pudiera hacer mientras mis historias de diabluras brotaban por la condición de mis juguetes, viendo que todo a mi alrededor tuviera la mayor seguridad para poder disfrutar con mayor confianza la lectura de sus libros, novelas e historias que se ponía a leer mientras hacía un receso en sus actividades.

Me contaba de lo interesante de sus historias de brujas, de viajes espaciales, de seres venidos de otro planeta, alguna información de artistas de la televisión, que en realidad no entendía, así como de científicos que descubrieron cosas y tantas historias más que cuando comenzaba a interpretar sus lecturas nadie la detenía y yo finalmente huía.

Mi madre era tan cariñosa que, cuando me cobijaba entre sus brazos, sentía como algodones que protegían mi cuerpo y mis mejillas que se llenaban de sus besos, sus dulces palabras de amor hacían que mi corazón se derritiera por la emoción de escucharlas, sus manos cubrían mi cuerpecito tierno y frágil, más aún al llenarme de cosquillas ─ me emocionaba tanto que brotaban lágrimas de felicidad, aunque era un poco rara.

En ocasiones jugaba conmigo en mi cuarto, pero luego la escuchaba morirse de risa o carcajearse mientras jugaba en la habitación; era muy graciosa su risita que hasta me contagiaba y reía con ella aún sin darse cuenta, porque me parecía un tanto chusca… trataba de buscar qué era lo que le causaba esa sensación, la observaba y veía que estaba sola. Había llegado a pensar que mi madre estaba un poco loquita, pasaba de esa gran alegría a estar de mal humor, en ocasiones hasta gritaba, presentía que algo le pasaba. Me encantaba que estuviera muy contenta, porque así la casa se llenaba de felicidad en todo, por ejemplo: cuando hacía la comida hasta la escuchaba cantar, cuando hacía el quehacer de la casa la veía bailar, me imaginaba que era una gran artista en un escenario gigante y con un público que la vitoreaba; cuando me servía de comer era tan amorosa que fácilmente me convencía de terminar los alimentos que no me gustaban, ¡era una brillante mamá!, pero había descubierto que… ¡tenía un monstruo!

Era un monstruo que no la dejaba en paz, porque cuando destellaba luces se ponía incontrolable, se angustiaba y más aún, cuando vibraba y le hacía un pequeño ruido; él la hipnotizaba porque se quedaba horas tratando de atrapar no sé qué con sus deditos que recorrían de arriba abajo, de un lado para el otro perdida por seguirlo. De repente se reía, se enojaba, se entristecía y a veces, hasta lloraba; pensé que era un monstruo muy malo y la atormentaba, porque cuando estaba conmigo todo era juego y mucha alegría.

Había tratado de destruirlo dejándolo caer de la mesa o de la cama y no se rompía, era muy fuerte y poderoso porque su escudo lo protegía, no dejaba que le pasase absolutamente nada, ningún rasguño, una sola marca, ¡nada!, ¡me había vencido!, ¡era muy fuerte! Mi madre lo conservaba muy bien para que yo no lo tomara ─ por aquello de que lo fuera a destruir ─, eso era lo que más quería para que ella no se pusiera así. Un día lo escondí bajo mi sábana y ella se puso peor, fue un monstruoso momento porque ella actuó como el antagonista de mis caricaturas favoritas ¡casi volteó la casa para poder encontrarlo!

Cuando le hablaba, nunca me contestaba porque estaba hechizada, si un día era insistente en interrumpirle me hablaba con una voz desconocida como si estuviera viviendo en un túnel y su voz fuera el terrible ser maligno que habitaba ahí. Pensaba que ese ser le decía que me castigara y regañara, aunque al poco tiempo se le pasaba y estaba atrapada, lo único que hacía era alejarme de su espacio e irme a distraer con Chistín.

Chistín era mi perro menudito de color café, de mechas largas, con un lunar blanco en su oreja derecha, ojos azules que se escondía entre su pelaje y quien se los descubría se asombraba por los brillantes destellos. Con él jugaba todo los días aunque me daba de mordidas lo soportaba; él jugaba conmigo todo el tiempo, cuando tenía hambre me ladraba tan chistoso que ya conocía sus ladridos como: el de voy al baño, quiero jugar, no tengo agua, estoy enojado y rápidamente le llevaba lo que necesitaba para luego seguir con nuestro juego o simplemente desaparecía para irse a dormir a su casita.

Un día, mientras estaba de arriba abajo, escuché a Chistín ladrar pero no era uno de los ladridos que yo conocía, ese ladrido era como de miedo, de enojo, era el ladrido de un león furioso (aunque los leones no ladran pero era muy fuerte), me asomé por la ventana, observé cómo un hombre trataba de abrir el cerrojo; estaba vestido completamente de negro, con un gorro que cubría su cabeza, su rostro reflejaba la desesperación por querer abrir para entrar a la casa; pero que yo recuerde no era ninguno de mis tíos, menos mi papi. Le hablé a mi madre para que observara, noté cómo se asombró, tenía sus ojos desorbitados y su rostro pálido; regresó a buscar no sé qué, revolvió los libros, las revistas, movió la ropa que cubría el sofá, mis juguetes volaban como los pájaros cambiando de rama en rama, pero no entendía qué buscaba. De pronto, algo brilló… era el monstruo que cantaba. Pensé: ¿mandará al monstruo a la batalla? creí que le daba las claves para derrotarlo, porque sus deditos temblorosos picaban y picaban; pero de pronto comenzó hablar con una voz entrecortada de mucho miedo, desconocida para mí; por fin escuché que alguien le contestaba, pero ella se ponía más nerviosa, de un momento dejó de hablar y botó al monstruo para abrazarme… sentía su palpitar, sus nervios, cómo su cuerpo temblaba de miedo, luego escuché la sirena de los policías que llegaban frente a la casa, en ese preciso momento, mi papito lindo llegaba, mi madre salió a su encuentro, hablaron y le dieron las gracias a los policías por su pronta llegada que hizo huir al curioso que rondaba la casa.

Allí comprendí que el monstruo aún era más poderoso porque llegó un ejército de personas, entre ellos mi papá. El extraño se perdió entre las calles; mi madre nos abrazó muy fuerte y le explicó a mi padre cómo había pedido auxilio; entonces entendí que ese aparato monstruoso nos había salvado de ese terrible ser que merodeaba la puerta; al final me explicaron cómo usarlo en caso necesario. Espero no ser atrapado algún día por este lujo perverso porque había visto como las personas estaban como zombis perdidos en los camiones, los autos, los parques, los cines, las fiestas, las convivencias familiares, inclusive hasta en mi escuela… ¡es terrible!

Chistín se ganó el cariño de mis padres quienes mostrándole agradecimiento por su valentía, le ofrecieron una buena comida y muchas caricias. Pero yo sigo pensando: “a ese monstruo no debo darle confianza” porque estoy convencido de que me quita a mis padres cuando su luz y su canto los hipnotiza.

# ***Título: Pancho Berrinches***

# ***Autor: Profesora Rocío Bautista Pérez***

Había una vez un niño llamado Francisco, aunque todo mundo le llamaba Pancho. Tenía nueve o diez años, era bullicioso y juguetón: le gustaba jugar a la pelota, al escondite, al avión, y practicar todo juego donde pudiera correr y saltar y hacer muchas piruetas y cabriolas. Pero no le gustaba hacer la tarea, ni lavar los platos, ni limpiar la mesa, ni barrer, ni tender su cama, ni trapear; y le disgustaba en especial cuando su mamá le mandaba dar de comer a sus pollos. Eso sí lo enojaba de verdad: le salían chispas de colores por las orejas y por los codos, se le ponía la cara roja, la boca torcida, los ojos saltones, los pelos parados y vociferaba:

––¡No, mamá, manda a Pepe!

Pepe era el hermano menor y, de vez en cuando, terminaba por hacer lo que su hermano no quería.

Pancho era astuto. Sin darse cuenta su mamá, hacia a Pepe trabajara por él. Cuando ella o su papá lo notaban, le daban una buena lección, lo cual lo hacía enfadar más.

–– Pancho, no te enojes cuando te mande a la tienda, debes hacer las cosas con gusto o un día de estos te van a salir canas verdes. –le decía su mamá.

––¡Eso no existe! ¡Nada más es para hacerme ir! –respondía Pancho muy enojado.

Se la pasaba buscando pretextos para no hacer las cosas. Si no lavaba los trastes, era por el agua fría; si no barría, era que la escoba no le gusta; si no ponía su ropa en la cesta, decía que la cesta se había ido corriendo cuando él iba a echar sus calcetines; no levantaba su plato después de comer, asegurando pesaba una tonelada y cómo cargar semejante cosa sin una grúa. Diario inventaba una excusa distinta y, la verdad, ya estaba un poco cansado. Pensaba y pensaba cómo hacer para que lo dejaran en paz y sin molestarlo con más mandados.

Una vez, mientras veía televisión, su mamá le mandó algo que cambió su día.

––¡Pancho, trae del coche las bolsas del mandado!

––¡Pero mamá! –contestó y se levantó aprisa para evitar oír un sermón de esos que hacían se le retorcieran las tripas del coraje. Tomó las bolsas con tanta fuerza y rabia que una de ellas se rompió y todo su contenido salió disparado al suelo: el frasco de mayonesa se malogró contra el piso; la mermelada tuvo un trágico final; adiós a los hot cakes calientitos preparados por papá en las mañanas porque la harina quedó esparcida por todos lados; hasta la vista al molecito de mamá los domingos porque ni una porción se salvó en la caída; no habría ya cafecito de cada mañana, y todo lo delicioso se perdió disperso o embarrado, hasta el rico yogurt y el helado. Y todo por un niño corajudo.

Al ver todos los alimentos tirados, echados a perder, Pancho comenzó a llorar. Todo lo que le gustaba estaba en el suelo y no lo podía creer. Al escucharlo llorar tanto y tan fuerte, todos salieron a ver.

––¡No puede ser! –dijo mamá.

––¿Qué paso aquí? –dijo papá.

––¡Eres un tonto! –dijo Pepe. Pancho lloró con más fuerza.

––¡Perdón mamá, perdón papá! No pude cargar la bolsa porque pesaba mucho y todo se me calló –dijo entre sollozos. Todos se conmovieron al verlo tan desconsolado, lo dejaron ir a su cuarto y se pusieron a limpiar el desastre.

Pancho entró a su habitación y vio por la ventana cómo todos limpiaban.

––Qué raro –se dijo–. No me mandaron a limpiar el desastre. ¿Será porque no pude ni bajar las bolsas?

Eso le dio una gran idea.

––¡Ya sé cómo voy a hacer para que no me manden!

Esperó en su cuarto hasta la hora de la cena. Cuando por fin salió, su mamá le dijo:

––Pancho, ayúdame a acomodar la mesa para cenar.

––¡No puedo, mamá! Qué tal si se me caen los platos y los rompo todos – dijo con ojitos de tristeza. A su mamá le dio ternura y lo dejó tranquilo.

––Pepe, acomoda la mesa –dijo su mamá.

Pepe acomodó la mesa enojado porque, otra vez, su hermano se salió con la suya.

Pancho se dio cuenta de algo: si decía que no podía con un quehacer y lo combinaba con carita triste de perro desamparado, lograba que sus papás sintieran culpa de ordenarle cosas. Como nada quería hacer, empezó a aplicarlo a todo.

––¡Pancho, lava tu plato!

Y Pancho ponía la cara tan bien ensayada en el espejo.

––¿Y si se me cae y me corto?

––¡Pancho, haz tu tarea!

––No puedo, mami, no entendí, la maestra no explicó.

Convencía a su mamá, quien terminaba por hacer la tarea mientras todos dormían. Su plan era perfecto y todos lo sustituían porque él no “podía” hacer las cosas.

Incluso la más tonta excusa funcionaba.

––¡Pancho, tiende tu cama!

––No, mami, las cobijas pesan mucho, me aplastan y no puedo quitármelas de encima.

––Pancho, metete a bañar.

––¿Y si me resbalo y me ahogo en la tina? –contestaba Pancho con voz chillona. Entonces su mamá lo limpiaba con una toalla húmeda, le ponía la piyama, lo metía entre las cobijas y se quedaba a cuidarlo hasta que se durmiera.

La treta funcionaba siempre, incluso en la escuela. Si la maestra le pedía o le preguntaba algo, él decía no poder o no haber entendido, solicitaba le ayudaran y alguien terminaba haciendo su trabajo. Incluso en el futbol, su juego predilecto, comenzó flojear y decidió ya no hacer nada; mandaba a otro metiera gol en su lugar. Incluso no faltaba algún amigo ofreciéndose a ir por su lunch a la tiendita porque él no podía.

Era como tener sirvientes pero sin pagarles: su mamá le hacía la tarea; alguien más, sus trabajos de la escuela; otro le comprara el desayuno; alguno anotaba la tarea en su lugar. Llegó a tener una pequeña comitiva: había quien le cortaba las uñas, limpiaba su nariz y peinaba su cabello; quien ataba las agujetas de sus zapatos; quien limpiara su boca cuando comía; incluso quien sacara y metiera sus libros de la mochila, según fuera necesario, o que lo acompañara al baño y esperaba a que terminara de hacer sus necesidades para abrirle la puerta.

Así de exagerado y exigente se volvió. Si alguien se negaba a hacer alguna de esas fatigosas tareas, se ponía a llorar como un bebé con hambre y la gente, con tal de no soportar su llanto, terminaba por hacer lo que Pancho pedía. Todos los días, los demás se encargaban de hacer las cosas por él. Ya no movía ni un dedo. Hasta para cambiar de canal a la televisión, alguien lo auxiliaba.

El único harto de la situación era Pepe. Fastidiado de hacer tantas tareas, salió a la calle pateando una lata, para distraerse y olvidar un rato a su latoso hermano. Pero pateó muy fuerte y pegó con la lata a una anciana cargada con un costal muy extraño. La mujer volteó y lo miró. Tenía una sonrisa chimuela, el cabello despeinado y la ropa sucia. El niño sintió miedo y deseos de salir corriendo, pero ella se acercó, le dio la lata en la mano y dijo:

––¿Qué tienes Pepe? ¿Por qué estás tan enojado?

Él se sorprendió. ¿Cómo sabía su nombre? Pero no tuvo reparo en contar la historia de su hermano. La mujer le dijo con una sonrisa:

––Al llegar a casa, dale el contenido de la lata a tu hermano. Todo se va arreglar.

La lata, extrañamente, estaba llena y cerrada. La viejecita se perdió con rapidez entre las casas y hubo tiempo de preguntarle nada.

Al llegar a casa, Pepe sentó a su hermano en el sillón, le puso un delantal y le sirvió la cena. Comenzó a darle sopa en la boca; abrió la lata que le diera la anciana misteriosa y se la dio a beber. Una vez terminada la cena, lo recostó, acomodó su almohada, le cubrió con una manta y le cantó una canción de cuna. Cuando su hermano ya dormía, se dispuso a concluir sus tareas.

Al otro día despertó Pancho, esperando le sirvieran el desayuno. Pero no había nadie. Aguardó otro poco. Ni su mamá ni Pepe acudían a atenderlo. Esperó más de lo necesario. Ya eran las doce y no había desayunado. Furioso, se puso a llorar y patalear para conseguir se ocuparan de él. Pero nadie salió a su encuentro. Entonces comenzó a arrojar los objetos a su alcance. Se desgañitó, berreó, pataleó, golpeó y lanzó las cosas, pero nadie llegaba en su auxilio.

Como nadie llegó a ver qué le pasaba, decidió levantarse. Movió un pie lentamente primero y luego muy despacio el otro, avanzando con calma excesiva. Al llegar a la habitación de su hermano ya estaba cansado y respiraba con agitación. Hacía mucho no caminaba pues siempre lo llevaban alzado. Se asomó por la cerradura de la puerta pero no había nadie en la recámara. Con enorme esfuerzo llegó hasta a la habitación de sus padres. También estaba vacía. Su exasperación llegó al límite. Se dejó caer y ahí en el piso rabió hasta cansarse. Aulló, chirrió, resopló, gimoteó, pero nadie fue a verlo.

Resolvió ponerse en pie y cuando levantó la vista descubrió una persona sentada en la cama de sus padres. Era una anciana con una sonrisa chimuela, el cabello despeinado y la ropa sucia. Era la misma vista por Pepe. Pancho no lo sabía. Lo primero fue decirle:

––Tengo hambre, quiero huevito con jamón y jugo de naranja.

La viejita lo miró sonriendo mientras decía:

––Pues prepara tu desayuno.

––No puedo. ¿Y si me quemo con la estufa? –dijo Pancho, intentando convencer a la mujer de hacerlo por él.

––¡Qué lástima! –dijo la viejita y se le quedó mirando.

Pancho se puso a llorar; hizo su cara de perrito desvalido y le pidió cocinara para él y le sirviera como hacía su mamá y todos quienes estaban a su servicio, pero no funcionó. “Es como si esta vieja no tuviera sentimientos”, pensó. Como era mucha su hambre, se dirigió a prepararse él mismo. Dispuso el sartén en la lumbre con dos huevos en él, pero olvidó quitarles el cascarón. En breve comenzó a oler a quemado y de pronto los huevos reventaron dejando un tremendo batidillo en derredor de la estufa.

Atrás de él, la vieja reía con su boca chimuela y burlona. No paraba de reír.

––¡Niño tonto! Ya se te olvidó cómo hacer un huevo.

Mientras más reía ella, más se enojaba Pancho.

––¡Intenta otra vez! Recuerda que el flojo y el mezquino, dos veces al camino –dijo la señora.

Entonces Pancho probó otra vez preparar huevos fritos. Trató de recordar cómo los hacía su mamá, pues la falta de práctica le causaba un perjudicial olvido. A falta de habilidad, renegaba, azotaba las cosas y bailoteaba con disgusto. En eso estaba cuando lo sorprendió un dolor en la mano derecha y a la altura de la muñeca se le formó una bola dura como un hueso.

––¿Qué es esto? –preguntó a la anciana.

––Es un “flojo”, una bola que sale en las manos cuando haces algo de mala gana –dijo la anciana.

––¿Cuándo se me va a quitar? –volvió a preguntar enojado.

––Cuando aprendas a hacer tus tareas sin respingar de todo.

Bien que mal, finalmente y se preparó de comer. Al terminar salió a jugar con otros niños.

––¡Hey! Ya vine a jugar –dijo emocionado. Ninguno de los niños respondió.

––Oigan, aquí estoy, vamos jugar futbol. –insistió. Nadie atendió su dicho.

––¿Por qué no me hacen caso? –preguntó irritado.

––Porque ya estamos jugando por ti, a ti no te gusta hacer las cosas –le respondieron en coro.

––Pero esta vez sí voy a jugar yo.

Le dieron oportunidad de jugar pero durante el juego ya no pudo, ya no sabía cómo hacerlo. Cuando no supo recibir un pase para anotar gol y hacer ganar a su equipo la cascarita, se sintió terrible. Todos gritaban:

––¡Último gol gana! ¡Último gol gana!

En ese momento le pasaron el balón, sólo debía patear hacia la portería, pero no supo cómo hacerlo. Frustrado, se tiró al suelo como de costumbre, llorando y pataleando.

––¡Por eso no te dejamos jugar! –dijeron unos niños.

––¡No puede! Acuérdense que no puede hacer nada –dijeron otros.

––¡Sí sé, sí sé! –gritaba convulsionándose en el suelo.

Mientras hacia su berrinche, le brotó otra horrible y dolorosa bola en la mano izquierda. Definitivamente, pensó, la anciana tenía alguna relación con esto. Se levantó y fue la casa a buscar a la señora. Ya no la encontró. No tuvo más remedio que hacer solo todas las labores de la casa. Se la pasó maldiciendo, pateando, tirando cosas, haciendo corajes, llorando por alguna ayuda. Pero estaba solo. Pensó en cómo se había perdido de todo lo que sabía hacer y cómo disfrutaba haciendo berrinches para obligar a otros a hacer las cosas por él. Para cuando terminó, sus manos estaban llenas de bolas y le dolían como nunca.

Al día siguiente una voz ronca lo despertó.

––Es hora de ir a la escuela –dijo la voz.

Pancho abrió los ojos. Era la misma vieja con su chimuela sonrisa burlona. Se levantó imprecando. El dolor de las manos no lo dejaba hacer nada. Fue a dar de comer a los pollos. Entró pateándolos, refunfuñando; como los pollos no lo querían, se lanzaron sobre él y lo picotearon en las piernas, en las manos, y muchos se subieron a su cabeza, lo pincharon y pincharon hasta que se puso a llorar. Salió despotricando del gallinero, tiró la comida y se marchó frenético.

Después se preparó para ir la escuela. Como ya no se bañaba olía muy mal. Se dispuso a aprender de nuevo las tantas cosas que había dejado de hacer. Se aseó, se peinó, se vistió. Casi se le hace tarde. Al llegar a la escuela, todos se prepararon para hacer las cosas por él y no verse obligados a soportar el cuadro lamentable de todos los días. Aunque esa vez fue diferente. Pancho se ocupó de hacer las cosas él mismo. Entre burlas y risas de sus compañeros (no sabía ni agarrar el lápiz e intentó escribir con la goma, hubo de descubrir trabajosamente cómo sacarle punta, había olvidado cómo abrir su mochila) rechazó la ayuda. Sus compañeros encontraron divertidas sus incapacidades y se reían al verle. Él se encolerizaba y zapateaba desesperado. Pero, a pesar de su enfado, sabía le era indispensable aprender a hacer todo de nuevo.

De regreso a la casa, ahí estaba la matriarca sentada en la cocina. Esta vez preparó la comida y Pancho puso la mesa, sin enojarse ni vilipendiar. Y aunque eran muchas las bolas de sus manos y le dolían bastante, hizo las cosas con gusto. Se sentaron a comer y al terminar preguntó a la anciana:

––¿Adónde fue mi familia?

La viejita lo miró sonriente y dijo:

––Me sorprende que hayas preguntado hasta ahora. Hace una semana estoy contigo y preguntas hasta este momento.

Pancho sintió tristeza y vergüenza pero insistió.

––¿Dónde está mi familia? ¿Se fueron por mi culpa? –dijo muy atribulado.

––No se fueron –dijo la mujer con la misma sonrisa de siempre–. Están aquí, contigo, pero tú estás dormido y no los ves.

En ese instante, el mundo comenzó a dar vueltas y las cosas iniciaron a desaparecer. Pancho, mareado, cayó al suelo y fue perdiendo visión hasta quedar en completa oscuridad.

––¡Pancho, Pancho! Despierta, ya es hora de levantarse.

Era la voz de su mamá. Abrió los ojos y la miró. También ahí estaba su papá. ¡Todo había sido un sueño!

––Ya mandé a Pepe a preparar tu ropa para ir a la escuela – dijo su mamá.

Él se levantó de un salto y abrazó a sus papás.

––Yo lo hago –dijo y corrió a su cuarto.

Todos se quedaron mirando sin saber qué bicho le había picado.

Desde entonces Pancho hace las cosas por sí mismo, sin berrinches ni injurias. Y realiza todo aquello que le piden.

Por cierto, al despertar del sueño las bolas de sus manos habían desaparecido. De vez en cuando vuelve a brotarle alguna, cuando reincide, para recordarle que debe ser responsable.

Y cuenta la gente mayor que, desde entonces, quienes hacen las cosas enojados y renegando, les sale un flojo en la mano, una bola dolorosa y dura como un hueso, pero sólo para recordarnos que nadie puede ni debe hacer por nosotros aquellas cosas que nos corresponden y sin las cuales nos perderíamos de lo bello y valioso de la vida.